

EL ROSTRO DE LA SOMBRA

Alfredo Gómez Cerdá

sm

www.literaturasm.com

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez y Paloma Jover
Diseño de cubierta: Lara Peces

© Alfredo Gómez Cerdá, 2011
© Ediciones SM, 2011
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-4815-0

*Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.*

domingo, 04:15 horas

El lugar era perfecto.

El primer tramo de la carretera de Castilla, saliendo de la ciudad, se encontraba completamente a oscuras. En cuanto se dejaba atrás el puente de los Franceses se entraba de lleno en la boca del lobo. Solo los que habitualmente hiciesen ese recorrido podrían saber que a la izquierda se hallaba el bosque de pinos de la Casa de Campo, y a la derecha, las praderas onduladas del campo de golf. Y ni una sola luz. Ni siquiera se distinguía el perfil de los árboles centenarios recortando caprichosamente la noche. Todas las farolas que tachonaban la carretera estaban apagadas, sin duda por alguna avería.

Caminaban muy juntos, quizá por temor a perderse si se separaban demasiado, aunque el camino lo conocían de sobra, o quizá para poder sujetarse a algo en caso de tropezar, y no porque el suelo fuera irregular; más bien tenían dificultades para mantenerse por sí mismos en posición vertical.

Borja trataba de explicar a sus dos amigos el motivo de aquella oscuridad:

–Lo dijeron en un telediario. Una banda de rumanos se dedica a robar los cables para vender el cobre. Abren un registro, atan una sog a los hilos y desde un coche tiran a lo bestia. Destrozan todo, pero se llevan unos cuantos metros.

–¡Y nos dejan sin luz, los muy cabrones! –se lamentó Claudio.

–¡Pero a nosotros nos lo han puesto en bandeja! –rió Adrián.

Cuando llegaron a la altura de la pasarela ciclista, que cruza todos los carriles de la carretera, se detuvieron junto a una fuente. Abrieron el grifo y, uno por uno, fueron metiendo la cabeza debajo del chorro.

–¿Estáis tan pedo como yo? –preguntó Claudio, sacudiéndose como un perro mojado.

4

–Yo creo que estoy peor –reconoció Borja.

–Es que no sabéis beber –Adrián se pasaba las manos por el pelo una y otra vez, como si con ese gesto quisiera espantar a algún espíritu que rondase su cabeza–. Os falta práctica.

–¡Quién fue a hablar! –saltó Claudio–. Recuerda que la última vez te tuvimos que llevar en brazos hasta tu casa.

–Ese día me sentó mal.

–¡Sí! ¡Esa es la excusa que dan todos! –remachó Borja.

Los tres se rieron escandalosamente y, sin motivo, comenzaron a empujarse. Borja estuvo a punto de caer y solo un cartelón que había junto a la fuente le impidió perder el equilibrio.

De vez en cuando, de manera muy espaciada, pasaba algún coche por la carretera, a tan solo unos metros de donde se encontraban. Oían el rugido del motor abriéndose paso en el silencio envolvente de la noche y sentían el barrido de los faros, que solían llevar las luces largas conectadas. Luego, el ruido se iba apagando lentamente, muy lentamente, hasta

que, por lo general, se confundía con otro que comenzaba a acercarse.

Claudio se secó la cara con la manga de la camisa.

–Tengo frío –dijo–. Vámonos a casa.

–¡Pero qué dices! –pareció molestarse Adrián–. ¿Crees que nos hemos dado esta caminata a las cuatro de la madrugada para nada?

–Entonces... –titubeó Claudio, antes de hacer la pregunta–, ¿vamos a hacerlo?

Borja se volvió de inmediato a Adrián, buscando una respuesta.

–¿Tú qué dices? –preguntó.

–¡Claro que vamos a hacerlo!

Claudio comprendió en ese momento que de nada le valdría oponerse. Adrián había dicho que seguirían adelante y nada los haría retroceder, sobre todo porque Borja siempre se ponía de su lado. Dos contra uno. Por consiguiente, solo le quedaba aguantar. Aguantarse. Eso, o marcharse. Pero no se encontraba bien, le dolía el estómago y su cabeza parecía no pertenecerle. Ni siquiera estaba seguro de poder llegar solo hasta su casa. Tendría que aguantar con sus amigos, que probablemente no estaban mejor que él. Debían de estar incluso peor, mucho peor, pues los dos habían bebido el triple, por lo menos.

–No me encuentro bien –insistió por última vez, pero sus amigos ni siquiera le escucharon.

Adrián y Borja ya habían comenzado a caminar, siempre en paralelo a la carretera. Claudio los siguió de mala gana. Sabía que no irían muy lejos, pues el sitio elegido estaba próximo. Se trataba de otra pasarela más antigua que la que utilizaban los ciclistas, totalmente metálica, pintada de gris. Recordaba

a esos viejos puentes de hierro de las redes ferroviarias. La de los ciclistas cruzaba justo por donde la carretera se bifurcaba y eso les parecía un inconveniente; sin embargo, la antigua, a tan solo doscientos metros, estaba ya en plena carretera. El lugar perfecto.

Claudio observaba cómo sus dos amigos se agachaban de vez en cuando, apartaban los hierbajos más altos y daban patadas a algunas piedras. Observó también cómo usaban sus móviles para ver mejor. No tardaron en encontrar lo que andaban buscando: un par de piedras de tamaño considerable. Con ellas a cuestas, llegaron hasta la rampa de la pasarela, donde las dejaron caer. Claudio, prácticamente, ya los había alcanzado.

6 Adrián se sacudió las manos para librarse de algún resto de arenilla o de alguna brizna de hierba. Luego sacó su móvil y se lo mostró a sus amigos.

—¿Estáis de acuerdo en que yo lo grabe? —les preguntó.

Borja afirmó decidido con un gesto contundente de su cabeza. Claudio, resignado, asintió también.

Adrián señaló los dos pedruscos, que parecían estar montando guardia junto a la pasarela. Borja y Claudio, como si tuvieran la lección bien aprendida, se agacharon y los cargaron. Este gesto y el hecho de ver frente a él a sus dos amigos con aquellas piedras entre las manos, sumisos, dispuestos a seguirlo, le hizo sentirse el líder indiscutible del grupo, cargo que nadie le había cuestionado jamás.

—Yo me colocaré en la cuneta, tras la valla de protección, y vosotros subís a la pasarela —comenzó a elaborar el plan en voz alta, aunque en realidad sus amigos sintieron que había comenzado a dar órdenes—. Recordad que os tenéis que colocar sobre el carril derecho. ¿Quién va a tirar primero la piedra?

Borja hizo un gesto con la cabeza señalando a Claudio, que permanecía algo encogido, y dijo:

–Este.

Adrián se acercó a Claudio hasta que sus alientos pestilentes se confundieron.

–Tienes que soltar la piedra antes de que pase el coche. No tiene que impactar sobre él. Que el conductor la vea caer y que haga una maniobra para esquivarla. De eso se trata. ¿Lo entiendes?

–Estoy mareado –la voz de Claudio le llegaba a los labios entre arcadas, mezclada con un sabor agrio, muy desagradable.

–¿Lo entiendes? –repitió la pregunta Adrián, y esta vez sus palabras sonaban a amenaza.

–Sí –respondió al fin Claudio.

–¡La piedra tiene que caer antes de que pase el coche! –insistió Adrián–. ¡Que el conductor la vea y se acojone!

Borja y Claudio asintieron con la cabeza. Los dos creían haberlo entendido a la perfección. Era sencillo. Sin embargo, algo les hacía dudar, era difícil de explicar: una sensación de tener los pies sobre la tierra y flotar al mismo tiempo, no ver nada y ver muchas cosas, percibir el silencio como algo gigantesco e inquietante...

Mientras Adrián buscaba un sitio estratégico en la cuneta, Borja y Claudio ascendieron lentamente por la rampa con su pedrusco a cuestras. El camino era largo, parecido a una zeta, pues, para salvar la pendiente sin brusquedad, la pasarela tenía varios tramos.

Adrián encendió su móvil y activó la cámara. Encuadró la carretera. La imagen abarcaba la pasarela y un largo tramo

de calzada, casi recto. Además, había un matorral alto que le protegía. Era imposible que le vieran, que sospecharan incluso que estaba allí, agazapado. Desde su escondite, miraba con ansiedad a sus amigos. Al fin iban a culminar el plan que se les había ocurrido aquella misma noche bebiendo en el parque. Cuando apuraron la primera botella y comenzaron con la segunda, ya lo tenían todo pensado. Primero debían conseguir una buena grabación, y después, difundirla por internet. Ahora estaban a punto de lograr el primer objetivo de su plan.

8 A Adrián le preocupaba sobre todo Claudio, y no por su estado físico, que evidentemente no era el mejor, sino porque siempre era el más indeciso, al que había que llevar a rastras en muchas ocasiones. Era un buen amigo, pero parecía que le costaba serlo, que tenía que hacer un esfuerzo. Estaba con ellos y, sin duda, se sentía a gusto, pero siempre ponía pegas, veía dificultades, hacía un mundo de cualquier insignificancia, lo cuestionaba todo... Adrián solía ponerle un mote, aunque tenía la delicadeza de decirlo solo en privado: Claudio el toca-pelotas. Y sí, a Adrián le preocupaba que en el último momento no se atreviese a arrojar la piedra, o que reaccionase de una manera imprevista.

Habían elegido con premeditación los carriles de entrada a la ciudad, y lo habían hecho, sobre todo, pensando en la huida, pues siempre podrían escabullirse con facilidad por la Casa de Campo, un lugar que conocían muy bien, pues a menudo iban allí a montar en bicicleta; casi se sabían de memoria todos sus caminos, y la oscuridad no sería un obstáculo para encontrarlos y escapar a toda prisa.

La noche era muy oscura. Adrián levantó la cabeza y buscó la luna. No la encontró. Seguía con el móvil preparado, activo. Apenas veía nada, solo contornos difusos; pero confiaba en

que el coche que se acercase iluminara la escena con sus faros. Ese era el plan.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Un resplandor lejano los avisó de que se acercaba un vehículo. En lo alto de la pasarela, Borja alertó a Claudio. Él debía tirar la primera piedra. Este afirmó con la cabeza, como dando a entender que se había dado cuenta. Colocó la piedra sobre el pretil de la barandilla y esperó, con la mirada fija en el asfalto, que se iba aclarando a medida que el coche se acercaba. Recordó las indicaciones de Adrián: la piedra tenía que caer justo antes de que llegase el coche. Calculó mentalmente la distancia y, cuando creyó que había llegado el momento, la lanzó.

Adrián, desde su escondrijo, no pudo ocultar un gesto de alegría al comprobar que Claudio lo había hecho a la perfección. Lo estaba grabando todo. La piedra estalló contra la calzada unos metros antes de que el coche llegase a ella. Para no perder detalle, seguía con el móvil los faros del vehículo. Esa debía ser siempre su referencia. El coche viró bruscamente hacia la izquierda y, por un momento, dio la sensación de que el conductor perdería el control, pero se rehízo y continuó la marcha por el carril izquierdo. Vieron cómo, una vez controlada la situación, se encendían las luces de frenado y, luego, las de alarma. Pensaron que el coche se detendría, y en ese caso el plan era echar a correr. Pero el coche no llegó a detenerse del todo, quitó las luces de alarma y reanudó finalmente la marcha.

Los tres amigos eran conscientes de que el conductor de ese vehículo habría avisado de inmediato a la policía, lo que significaba que no podían entretenerse mucho tiempo. Arrojarían la segunda piedra y se marcharían a toda prisa.

Tuvieron suerte, pues el siguiente vehículo pasó casi a continuación. Emocionado, pensando en las imágenes que había

grabado, Adrián volvió a dirigir su móvil hacia la calzada. Las luces se aproximaban. Ahora le tocaba el turno a Borja, seguro que él no iba a fallar. Además, ya tenía la referencia de la piedra anterior, cuyo lanzamiento había resultado perfecto.

Y Borja tampoco falló. Arrojó la piedra en el momento adecuado y, como la vez anterior, está se estrelló contra el asfalto unos metros antes de que el coche llegase.

Adrián ya lo estaba grabando. Esta vez el coche hizo una maniobra distinta. En vez de girar a la izquierda y tratar de esquivar la piedra por ese carril, giró con brusquedad a la derecha, tratando de salvarlo por el arcén; pero lo que consiguió fue golpearse contra el protector de hierro y salir despedido sin ningún control. Cruzó todos los carriles y se estrelló contra la mediana. Como consecuencia del nuevo impacto, volcó hacia un lateral y dio dos vueltas sobre sí mismo, quedando panza arriba, con las ruedas girando, envuelto en una nube de humo.

El ruido del accidente fue espeluznante, pero a Adrián no le tembló la mano y lo grabó todo. Borja y Claudio descendieron como locos por la pasarela. Se reunieron los tres junto a la fuente.

–¡Alucinante! –exclamó Adrián, que se sentía muy agitado.

–¡Qué pasada! –Borja negaba con la cabeza, como si no se lo pudiera creer.

Claudio solo repetía una y otra vez la misma palabra, mientras negaba con la cabeza:

–¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Adrián agarró con fuerza el móvil y se lo mostró a sus amigos. No podía disimular un gesto de orgullo.

–¡Aquí esta todo! –les dijo.

Oyeron la sirena de la policía. Estaba claro que algún coche patrulla ya se acercaba a toda velocidad hacia el lugar del accidente.

–¡Vámonos!

Y como si el mismísimo diablo los estuviera persiguiendo –y tal vez fuese así–, echaron a correr y se internaron en la oscuridad de los pinares de la Casa de Campo. Al principio, lo hicieron campo a través, desestimando el asfalto del paseo de Piñoneros, pues les parecía que debían evitar los pocos lugares por los que pueden transitar vehículos dentro del gran parque. Cruzaron las vías del tren y solo se detuvieron junto a la pendiente del Camino de Garabitas. Los tres sudaban y jadeaban como si les faltase el aire. Se miraban y parecía que iban a hablar, a decirse alguna cosa; pero la fatiga los mantenía mudos, más pendientes de encontrar el aire imprescindible para ventilar sus pulmones, para bombear sus corazones. Primero, se imponía recobrar el aliento.

En aquel lugar, el silencio era imponente, absoluto. Parecía que todos los animalillos que a buen seguro vivirían por allí se hubieran callado de repente, asustados por aquellos intrusos inesperados; incluso el viento se había calmado y había cesado el ulular de las ramas de los árboles. Adrián levantó la cabeza y miró al cielo. Volvió a buscar la luna, pero tampoco la encontró, a pesar de que el cielo estaba limpio y despejado. Por un lado, una noche sin luna era un pequeño fastidio, y por otro, una gran ventaja. Ellos verían menos, pero también sería más difícil que los vieran.

De repente, Claudio se dobló sobre sí mismo y se agarró el estómago con las dos manos.

–¡No puedo más! –exclamó justo antes de que su boca se convirtiera en un surtidor.

Borja y Adrián tuvieron que apartarse para que el vómito no les cayera encima. Pero ellos no se encontraban mejor, y quizá fue el olor profundo y desagradable que los invadió lo que precipitó el desenlace. Borja y Adrián casi se doblaron a la vez y ni siquiera pudieron pronunciar una sola palabra. Todo lo que llevaban dentro de sus aparatos digestivos comenzó a salir al exterior sin control, como cuando se abren las compuertas de un embalse y el agua se precipita enfurecida, incontenible.

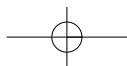
12

Estuvieron varios minutos casi inmóviles, tratando de mantener erguidos sus propios cuerpos, que por momentos parecían convertirse en pesados sacos a punto de derrumbarse. Luego, poco a poco, se fueron recuperando e, instintivamente, se alejaron de esos charcos nauseabundos que ellos mismos habían provocado.

Bajaron toda la cuesta de Garabitas en silencio, por uno de los caminos que transcurren paralelos a la pista de asfalto. Y los tres notaron que, después de haberse liberado de la pesada carga etílica que llevaban dentro, la caminata y el aire limpio de la Casa de Campo les estaban recomponiendo el organismo.

Muy cerca de la M-30, en una plazoleta por la que se accede a un túnel que cruza la autovía de circunvalación, se detuvieron junto a una fuente. Volvieron a meter las cabezas debajo del chorro, volvieron a lavarse la cara y las manos; se enjuagaron la boca. Ya se sentían otra persona o, en realidad, se sentían las personas que eran. No obstante, ninguno se decidía a hablar, ni siquiera un comentario intrascendente.

Cruzaron la M-30. Estaban llegando a su barrio. A sus dominios. Agradecieron las farolas encendidas, los rótulos luminosos de algunos comercios y de los cartelones publicitarios. Tenían la sensación de haber vuelto a la civilización después de un largo y accidentado viaje. Y el barrio, como de costumbre, se mostraba protector, familiar, en calma, aparentemente ajeno a los sentimientos de todos sus vecinos, pero solo aparentemente.



domingo, 05:30 horas

Llegar a su barrio los tranquilizó, aunque no les devolvió la calma. Eran conscientes de que les quedaba por delante una gran parte de su plan, que no iba a ser sencilla. Grabar con un teléfono móvil cómo los coches esquivan un pedrusco en la carretera y cómo uno de ellos sufre un espectacular accidente no tenía sentido si no conseguían difundirlo. Esa era la regla número uno del juego. Lo sabían de sobra. Sus muchas horas ante una pantalla de ordenador, navegando por la red, buscando, compartiendo hallazgos con los amigos, así se lo indicaban. ¿De qué le servía a un grafitero pintarrapear un vagón de metro en plena estación si luego no colgaba las imágenes de su hazaña en internet? Eso era la salsa, la auténtica salsa, la diversión, lo emocionante... Y cuanto más arriesgado, mejor.

No era la primera vez que volcaban grabaciones a la red, aunque eran conscientes de que en esta ocasión habían dado una vuelta de tuerca que podía resultar peligrosa si no tomaban medidas de seguridad. Pero no eran tontos ni incautos, ni siquiera tan inexpertos e ingenuos como para meter la pata hasta el fondo. Ellos lo iban a hacer bien, sin cometer fallos,

sin descubrir su identidad, que era lo que perdía a muchos. El afán de notoriedad, de protagonismo, podía ser lo más peligroso; por tanto, habían convertido una palabra en una especie de consigna: «anonimato».

Nadie debía saber que habían sido ellos los autores de la grabación. Ya la habían revisado y era imposible identificarlos. Solo en un par de momentos se adivinaba la silueta de Borja y Claudio, encaramados a la pasarela; pero la distancia y la noche los hacían completamente irreconocibles. No eran más que sombras lejanas, difusas. Además, habían tomado la precaución de no hablar; no solo no pronunciar sus nombres, como en alguna ocasión había hecho algún imbécil, sino permanecer todo el tiempo con la boca bien cerrada. Ni una sola palabra. El único sonido era el del coche: el motor, el frenado, el derrape, el golpe... Esa sería la banda sonora de su película. Con eso sobraba. El ruido del coche al volcar resultaba realmente espeluznante. Lo habían visto una y otra vez en la pantalla del móvil. Adelante. Atrás. Otra vez adelante. Otra vez atrás. No podían evitar una extraña sensación recorriéndoles las entrañas.

16

Llegaron a la verja del instituto. Su instituto, donde cursaban primero de Bachillerato. Los tres iban a la misma clase y los tres eran alumnos brillantes a los que no se conocía ningún suspenso, nunca. A veces, hasta se picaban entre sí para ver quién sacaba mejores notas. La lucha era enconada, pues ninguno llegaba a destacar. Parecía como si ellos mismos se hubiesen puesto de acuerdo para ir pasándose el testigo y fuesen conscientes de que la carrera debían ganarla los tres, en equipo.

La puerta de hierro, evidentemente, estaba cerrada, pero ellos ya sabían por dónde podían saltar con facilidad: justo en la parte trasera, había un punto en el que los barrotes eran sustituidos por una tela metálica en mal estado. Cruzaron el patio y las

canchas de baloncesto donde solían dar las clases de Educación Física; bordearon los jardines que circundaban el edificio y se plantaron ante una especie de puerta de servicio. La entrada era metálica y estaba cerrada por dentro con cerrojo, lo que la hacía casi infranqueable. Pero eso no iba a detenerlos.

La misma puerta, de superficie irregular, y la ayuda de sus amigos permitieron a Borja, el más ágil y liviano de los tres, trepar como un gato hasta una ventana situada prácticamente encima. Una vez allí, bastó un empujón para que cediese una de las batientes.

Antes de perder de vista a Borja, Adrián, con la voz contenida, le recordó algo:

–¡No dejes huellas en ninguna parte!

Borja se limitó a asentir con la cabeza. Luego saltó al interior. Aunque venía de la penumbra, dentro se sintió en la oscuridad total. Sabía que no podía encender ninguna luz. Sacó su móvil para orientarse con la pantalla. Una vez en el pasillo, todo le resultó más fácil, más familiar. Incluso había unas pequeñas luces de emergencia, que permanecían encendidas todo el tiempo. Eso facilitaría las cosas.

Llegó de nuevo a la puerta de servicio. Descorrió el cerrojo sujetándolo con los faldones de su camisa para no dejar huellas, como le había advertido Adrián. Los dos amigos entraron a toda prisa.

–¡Vamos, vamos, vamos! –la repetición de Borja era solo una forma de enmascarar su nerviosismo.

Una vez dentro del instituto, los tres se dirigieron hacia la sala de informática, donde se encontraba el ordenador principal, que daba servicio a todo el centro, tanto a profesores como al personal administrativo y, por supuesto, también a los alumnos.

Aunque casi siempre utilizaban los equipos instalados en las aulas, a veces habían pasado por aquella sala para realizar determinados trabajos, sobre todo, en clase de informática. Allí nada les resultaba desconocido.

Tuvieron que forzar la puerta de entrada, pues estaba cerrada con llave. Empujaron con todas sus fuerzas hasta que sintieron que la madera, no muy resistente, cedía y se resquebrajaba.

Todo iba sobre ruedas y el plan que habían elaborado horas antes, tumbados en el parque, medio borrachos, se estaba cumpliendo con una perfección que a ellos mismos les habría sorprendido si se hubieran parado a pensarlo. Pero estaban tan agitados, tan nerviosos, tan fuera de sí, que solo querían seguir avanzando, experimentar la sensación de que eran capaces de todo y dejarse llevar por la emoción de la gesta.

Si tocaban alguna cosa, inmediatamente borraban las posibles huellas con su ropa. Sabían que tarde o temprano se descubriría que la grabación había sido difundida desde el ordenador del instituto y tal vez trataran de buscar a los culpables. Por si acaso, era mejor no dejar rastro.

En la sala de informática, como es natural, tenían todo lo que necesitaban. Por eso les resultó muy sencillo entrar en internet, crear un blog gratuito y volcar en él la grabación del móvil. Bastaría un buen titular para que entrasen algunas personas, entre esos millones que vagabundean sin cesar por la red sin saber muy bien lo que buscan y, por consiguiente, lo que desean encontrar. Luego, todo echaría a rodar solo, como una bola de nieve por la ladera de una montaña nevada. Eran conscientes de que esa simple bola de nieve podría provocar un verdadero alud. Esa era su intención y, si se producía, ese sería su éxito.

Salieron de internet y volvieron a entrar. Buscaron el blog que acababan de crear. Ellos serían los primeros visitantes.

Vieron la película en la pantalla del ordenador. La diferencia con respecto al móvil era notable. Todo parecía más real, más de verdad. Y en el momento del accidente, de manera inconsciente, contuvieron unos segundos la respiración. A continuación, se miraron y se interrogaron con la mirada; pero los tres trataron de esquivar las preguntas y, por consiguiente, evitar el compromiso de las respuestas.

–¡Ya está! –fue lo único que dijo Adrián cuando terminaron de ver la grabación por segunda vez.

Apagaron el ordenador y volvieron a cerciorarse de que no dejaban ninguna huella. Adrián, incluso, llegó a quitarse su camiseta y con ella, como si fuera una gamuza, repasó la pantalla del ordenador, los cables que habían manipulado, el teclado... Todo. Ya nada los retenía dentro del instituto. Lo que procedía era salir cuanto antes y alejarse del lugar. Para levantar menos sospechas, salieron como habían entrado; es decir, Adrián y Claudio lo hicieron por la puerta de servicio; luego, Borja echó el cerrojo y salió por la misma ventana del piso superior, tomando la precaución de dejar las hojas encajadas.

Volvieron a bordear los jardines, a atravesar los patios y las canchas de baloncesto, a deslizarse con cuidado por un agujero abierto en la tela metálica de la valla. Al sentirse de nuevo en la calle, a salvo, se miraron y no pudieron reprimir una sonrisa cómplice. Aceleraron el paso sin darse cuenta y finalmente echaron a correr. No se detuvieron hasta llegar a la orilla del río. Se dejaron caer contra la barandilla de hierro que los separaba del cauce del agua. Notaron un viento fresco, suave e intermitente.

Miraban las aguas remansadas del Manzanares, aguas más bien aprisionadas entre pequeñas represas, aguas que seguramente llevaban siglos esperando unas lluvias torrenciales que provocasen una riada furiosa que saltara hasta los puentes,

aguas que en la espera se habían vuelto cenagosas y turbias, solo pobladas por grandes carpas que los jubilados del barrio solían pescar una y otra vez, pues siempre las devolvían al río.

–Tengo frío –Claudio volvió a temblar.

Adrián tenía la mirada fija en las aguas oscuras y quietas del Manzanares.

–El verano pasado estuve en los Alpes, con mis padres. Fuimos con la autocaravana y acampamos junto a la orilla de un río. La corriente era fortísima. Había gente que se bañaba allí. Se metían dos metros y la corriente los arrastraba. Se dejaban llevar como si fueran un tronco a la deriva. Luego, unos cien metros río abajo, comenzaban a nadar con todas sus fuerzas hasta alcanzar la orilla. ¡Era una pasada! Me hubiese gustado hacerlo.

–¿Por qué no lo hiciste? –le preguntó Borja.

–Mis padres no me dejaron. Les daba miedo que me ahogase.

–Seguro que a ti también te daba miedo.

–Claro que me daba –reconoció Adrián–, por eso mismo me hubiese gustado hacerlo.

–¿Te gusta hacer cosas que te dan miedo? –preguntó Claudio con la voz entrecortada, pues una tiritona estaba empezando a apoderarse de él.

–Sí –reconoció Adrián–. No sé por qué, pero me gusta. ¿A vosotros no os gusta?

Borja se encogió de hombros, sin saber qué responder.

–No –Claudio lo tenía claro–. A mí no me gusta. Y no entiendo que a vosotros os pueda gustar.

–Ya te he dicho que no puedo explicarlo –se limitó a añadir Adrián.

Hacia el este, la negrura de ese cielo sin luna comenzaba a diluirse, como si un pintor le hubiese pasado una aguada a brochazos, y poco a poco se iba tornando gris e, incluso, comenzaba asomar una especie de aureola, entre pajiza y anaranjada, que ribeteaba el perfil de la ciudad.

—¡Tengo frío! —repitió Claudio, pero esta vez no estaba dispuesto a continuar—. Me voy a casa.

Adrián asintió con la cabeza.

—Sí, vámonos ya.

Echaron a andar y, aunque conocían de sobra el camino a sus casas, daba la sensación de que estaban perdidos, desorientados, como un mendigo que ha bebido demasiado y no puede reconocer el banco donde duerme cada noche a la intemperie. Incluso, en alguna ocasión, retrocedieron sobre sus propios pasos o variaron bruscamente de dirección. En apariencia, su plan había resultado un éxito, pues había salido mejor de lo que ellos podían haber imaginado; sin embargo, había algo que los seguía intranquilizando, algo que ninguno de los tres era capaz de razonar ni, por consiguiente, plantear en voz alta. Daba vueltas por sus mentes, aún algo nubladas por esa especie de difuminado producido por el alcohol. Y aunque pretendían alejarlo con otros pensamientos, relegarlo a un segundo plano o enterrarlo en la zona más oscura e impenetrable de su cerebro, no lo conseguían.

Al apartarse de la orilla del río, las casas los protegieron del viento. Claudio lo agradeció. Seguía sintiéndose mal, destemplado, con la sensación de que su estómago se había convertido en un brasero al rojo vivo. Haber vomitado todo lo que llevaba dentro no le había devuelto la normalidad, e incluso, de vez en cuando, le sobrevenían arcadas, que le llenaban la boca de un sabor acre que parecía quemarle la lengua y el paladar.

Finalmente, él fue quien se atrevió a hacer la pregunta clave:

–¿Y si han muerto?

–¿Qué quieres decir? –a Borja solo se le ocurrió otra pregunta, que no era más que una manera de no afrontar una posibilidad demasiado real.

–Iban despacio –Adrián trató de zanjar el asunto–. Recordad que cerca de ese punto la carretera se bifurca: a la derecha hacia la M-30, a la izquierda hacia el puente. No se puede correr.

–Eso es verdad –confirmo de inmediato Borja.

Pero Claudio seguía callado, y su silencio era peor que una batería de preguntas lanzadas sin interrupción.

22

–¡Ahora no vamos a comernos el tarro con esas suposiciones! –continuó Adrián–. Los que iban en ese coche están tan bien como nosotros, estoy seguro –y se encaró a Claudio–. ¡Y tú, no seas agorero! Lo que tenemos que hacer es pensar en otras cosas.

–¿En qué? –la pregunta de Claudio tenía un leve tono desafiante.

–Pues mira, te lo voy a decir –Adrián asumió una vez más su indiscutible rol de líder–. Vamos a enviar algunos sms. No muchos. Que todo esto empiece a rodar. Y lo vamos a hacer desde tu móvil.

–¿Por qué desde el mío?

–¿Y por qué no? Solo tienes que decir que acabas de ver unas imágenes y pasar el enlace. Nadie va a sospechar de ti. Imagínate la escena: estás en tu casa mirando alguna cosa en el ordenador y, de repente, por casualidad encuentras esa grabación. Es normal avisar a los amigos, ¿no?

–¡Por supuesto! –terció Borja.

–Tenemos que hacer las cosas con lógica, con cabeza, sobre todo a partir de ahora –continuó Adrián–. Todo con mucha cabeza, razonando –y él mismo se puso a pensar en voz alta–: Claudio está en su casa de madrugada con el ordenador y, por casualidad, encuentra una grabación flipante colgada en un blog. ¿A quién enviaría un sms en primer lugar?

–A nosotros –respondió Borja.

–Exacto.

Adrián y Borja le ayudaron a redactar el texto del sms, un mensaje corto y contundente, provocador, de los que invitan de inmediato a curiosear. Pero también un mensaje meditado, del que nadie pudiese sospechar:

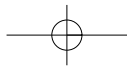
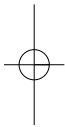
AKBO D NKONTRAR STO. VAIS A FLIPAR.

Se lo envió en primer lugar a sus dos amigos y después eligieron a otros tres, de esos que sabían que estaban completamente colgados al ordenador y que, de inmediato, producirían el efecto dominó.

Cuando Claudio envió el último sms, volvió a decir la frase que más había repetido durante las últimas horas.

–Tengo frío.

Estaban ya muy cerca de sus casas. Se despidieron y quedaron en volverse a encontrar por la tarde, después de comer. En ese momento, lo que se imponía era la cama, unas cuantas horas durmiendo a pierna suelta para recobrar fuerzas y recuperarse de las emociones vividas. Por la tarde, lo verían todo de otra manera. Sería el momento de empezar a asimilar las cosas y darse cuenta de que pocos habían sido capaces de llegar hasta donde ellos habían llegado.



domingo, 06:30 horas

Adrián ya había dejado a sus dos amigos en sus respectivos portales. A pesar de la hora, no tenía ganas de dormir, ni tampoco la sensación de que el sueño le sobrevendría en cuanto se metiese en la cama. Podía pasarse el resto del día despierto, muy despierto, sin perder un ápice de lucidez. Seguramente las emociones vividas le habían desvelado. Le gustaba sentirse así, y poder rememorar una y otra vez todo lo que había pasado. De vez en cuando, echaba mano al móvil y volvía a ver las imágenes grabadas. Recordaba la preocupación de Claudio, en el fondo la compartía, y se fijó en que el coche, a pesar de lo aparatoso de la colisión y de las vueltas de campana, no había quedado muy deformado. El habitáculo de los pasajeros no se había machacado. Era un buen coche, grande y sólido. Eso significaba que las personas que iban dentro no habrían sufrido daños importantes: algún rasguño, alguna contusión o, como mucho, algún hueso roto. Nada que no pudiera recomponerse sin problema.

Sus propios razonamientos le tranquilizaron, pero no le devolvieron la calma ni, con ella, el sueño. En vez de entrar en su

casa, decidió regresar a la orilla del río. Su barrio era una lengua que se extendía en paralelo al Manzanares, entre este y la M-30; un barrio antiguo, del que los vecinos siempre alababan su indudable sabor popular y su proximidad al centro histórico de Madrid.

Adrián volvió a apoyarse en la barandilla que flanqueaba las márgenes del río y clavó la mirada en las aguas estancadas. A continuación levantó la cabeza y descubrió, al fondo, el perfil del palacio real y de la catedral de la Almudena, e incluso la enorme cúpula de San Francisco el Grande. El cielo comenzaba a clarear, por lo que los edificios parecían sombras recortadas que emergían misteriosamente de la noche, sombras que iban descubriendo el perfil más conocido de la ciudad.

26

Volvió a mirar la hora en su móvil. Pasaban unos minutos de las seis y media. Entonces pensó en Nuria. Le había dicho que iba a estar toda la noche estudiando y, conociendo su fuerza de voluntad, su tesón, estaba seguro de que lo había hecho; es más, estaba seguro de que todavía no se habría acostado y seguiría repasando temas como una posesa. Ella era así, no podía evitarlo. Nunca se sentía plenamente segura y repasaba una y otra vez lo ya estudiado, lo ya aprendido, incluso. Por eso sacaba las mejores notas de su colegio, y todos los profesores la ponían de ejemplo.

Adrián pensó que podía llamarla, sabía que la pillaría aún acodada a su mesa. En ese momento, sintió verdaderos deseos de hablar con ella. Ya llevaban seis meses saliendo y estaban más enamorados que nunca. Seis meses era mucho tiempo. Nuria no era un lígüe ocasional, y quizá eso lo comprendió en el mismo momento de conocerla. Lástima que viviera al otro extremo de la ciudad, muy lejos de su barrio, de su ambiente, de sus amigos... Normalmente, se veían en lo que ellos mis-

mos denominaban terreno neutral, aunque él había estado alguna vez en su casa y conocía a sus padres, y ella también había estado en alguna ocasión en la de Adrián. Todo muy formal. Y a Adrián le gustaba esa formalidad porque se sentía muy feliz con Nuria, y le costaba trabajo imaginarse la vida sin ella.

Seleccionó la agenda en la pantalla del móvil y luego el nombre de Nuria. Marcó, y esperó con una sonrisa dibujada en el rostro.

Al cabo de unos segundos, una voz distinta le indicó que el teléfono que había marcado se hallaba comunicando. Repitió la llamada y la misma voz volvió a recitarle el mismo mensaje.

Adrián se quedó muy extrañado. ¿Comunicando? ¿Cómo podía estar comunicando su teléfono a esas horas? Podía entender que lo hubiese apagado, pero no que estuviese hablando con alguien. Y si estaba hablando, ¿con quién? Entonces pensó que seguramente habría llamado a alguna amiga, a alguna compañera del colegio, que seguro se habría quedado estudiando como ella. Estarían preguntándose por los temas que peor se sabían o sobre las posibilidades de que determinada pregunta cayese en el examen.

Pasó un rato, que a Adrián se le hizo muy largo, y de pronto, un zumbido de su móvil lo sobresaltó. Era el aviso de un mensaje que le aseguraba que el teléfono de Nuria ya estaba libre.

Inconscientemente respiró hondo, como si quisiera exteriorizar una sensación de alivio, y de inmediato volvió a marcar. Una musiquilla muy conocida era la señal de que la llamada había entrado correctamente. Pero la música sonaba y sonaba, y la voz de Nuria no se encargaba de interrumpirla. Adrián sabía que no saltaría el contestador, pues los dos lo habían desactivado juntos unos días antes.

Cansado de esperar, colgó. No entendía nada. No entendía que, un momento antes, el teléfono estuviera comunicando y ahora no lo cogiera. No tenía sentido. Siguió dándole vueltas a su cabeza: tal vez ella tuviese el teléfono en silencio, para evitar que las llamadas la distrajesen. Podía haber hecho una llamada, pero luego no oír las que le entrasen. Sí, parecía lógico, pero la duda empezaba a asaltar a Adrián.

Se sentó en un banco de madera que estaba muy cerca de la barandilla. Incluso apoyó los pies sobre el borde. Dejó el móvil sobre uno de sus muslos y estiró los brazos sobre el respaldo del banco. Por un momento pensó en volver a casa y acostarse, aunque seguía sin tener sueño; pero le daba igual llegar antes o después. Sus padres no estaban. Se habían marchado a la sierra la tarde anterior. Probablemente no regresasen hasta el domingo por la tarde. El verano ya casi estaba encima y querían poner a punto la autocaravana. Él, como era evidente, se había negado a acompañarlos, y tampoco había querido ir con ellos Reyes, su hermana. Acababa de cumplir trece años y empezaba a tomar sus propias decisiones. Quizá por ese motivo, él debería volver a casa, para cerciorarse de que su hermana estaba bien. Estar pendiente de ella era un compromiso que había adquirido con sus padres.

Cambió bruscamente de postura, agarró el móvil y volvió a marcar el número de Nuria.

La misma música, tan conocida, comenzó a sonar. ¿Por qué no lo cogía? ¿Se habría quedado dormida sobre la mesa, estudiando? ¿Se habría ido a la cama y había quitado el sonido al teléfono? Esto último era lo más razonable.

Se levantó del banco dispuesto a regresar a su casa a ejercer de hermano mayor, para que sus padres no pudieran reprocharle que había pasado olímpicamente de Reyes. Pero no había caminado ni cincuenta metros cuando repitió la llamada.

No podía evitarlo, lo hacía casi sin pensar, como un impulso incontrolable.

Y esa musiquilla que suplantaba los tonos habituales, que él mismo le había pasado hacía tan solo un par de semanas, le sacó de sus casillas. No pudo contener un gesto de rabia. Algo le decía que Nuria no se había acostado; pero ¿por qué no cogía el teléfono?

Aún dio un rodeo antes de llegar a su casa. Quería encontrar una excusa para volver a llamar. Y lo hizo unos metros antes de su portal. Desechó la tecla de rellamada y siguió todos los pasos, como si marcara por primera vez. Encendido. Desbloquear. Agenda. Nuria.

Una vez más, la musiquilla. Pensó que acabaría odiando esa melodía que solo unos días antes le encandilaba.

Iba a colgar cuando notó que la música cesaba bruscamente. ¡Al fin!

—¡Nuria! —no le dejó tiempo para responder.

—Adrián...

—Imaginé que seguirías estudiando, por eso te he llamado.

—Adrián...

Y bastó que ella repitiese esa palabra, su nombre, para que se diese cuenta de inmediato de que algo había ocurrido. Era la voz de Nuria, pero no la voz normal de Nuria, como tampoco lo era el tono, ni nada.

—¿Estás bien?

—No.

Adrián se dio cuenta de que a ella apenas le salía la voz, casi ahogada por el llanto. Comenzó a alarmarse.

–¿Qué te ocurre, Nuria?

–Es... horrible.

Adrián sintió que una enorme tensión se iba apoderando de él, era algo que no podía controlar y que aumentaba a medida que la conversación iba avanzando.

–¿Qué ha pasado, qué ha pasado...?

–Mi madre...

–¿Tu madre? –Adrián no entendía nada. Su novia tendría que ser más explícita, por eso la asedió a preguntas–: ¿Dónde está tu madre? ¿Qué le sucede a tu madre?

–Está... –el llanto casi le impedía hablar–. Está... muy mal. Los médicos no me han sabido decir otra cosa. Muy mal, muy mal, muy mal... Solo me repiten eso una y otra vez.

–Pero ¿dónde está?

–En el hospital.

Un tropel de ideas pasaron por la mente de Adrián. Pensó en enfermedades fulminantes, de esas que aparecen de pronto. Él sabía que la madre de Nuria gozaba de perfecta salud. Se mantenía en forma, se cuidaba, iba al gimnasio tres veces a la semana. Podía parecer cualquier cosa menos una enferma. Entonces, había tenido que ser algo súbito, inesperado.

–¿Un infarto? –preguntó.

–No, un accidente, con el coche... –y el llanto volvió a ahogar las palabras de Nuria.

Adrián quería calmarla, pero no sabía cómo hacerlo. Cualquier palabra le resultaba inútil, ineficaz. Esperó unos momentos y, cuando notó que el llanto se serenaba un poco, volvió a preguntar.

–¿Y tu padre? –de pronto recordó que ella misma le había contado que sus padres irían a cenar a casa de unos amigos.

–Mi padre está bien, solo tiene unos rasguños en un brazo; pero mi madre...

Nuria estaba desconsolada, abatida, rota. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para contarle a Adrián lo sucedido. Era tan grande el dolor que la embargaba que solo era capaz de llorar y llorar. Pensaba que, en el futuro, su vida se reduciría a eso: un llanto eterno e inconsolable.

Adrián comprendió que no tenía sentido mantener aquella conversación tan difícil. Tenía que tomar una determinación.

–¿En qué hospital estás? –preguntó.

–En el Clínico.

–¿En urgencias?

–Sí.

–Voy para allá.

Cortó la comunicación. No podía seguir escuchando el llanto de Nuria sin hacer nada. Pasaría a la acción. Era lo que siempre le había gustado. La acción.

Subió a su casa a la carrera y entró sin tomar precauciones para no despertar a Reyes. Al contrario, deseaba que su hermana se despertase. Fue derecho al cuarto de baño y se lavó, sobre todo los dientes, pues sentía la boca pastosa y extraña, como acartonada. Después, se cambió de ropa. Se dirigía al cuarto de su hermana cuando se la encontró en el pasillo, apoyada en el quicio de la puerta de su habitación.

–¿Qué pasa? –le preguntó Reyes, con los ojos semicerrados.

–Me marchó.

–¡Joder! Acabas de llegar y ya te marchas.

–Los padres de Nuria han tenido un accidente. La madre está muy mal.

–¡Hostias!

Adrián miró a su hermana. No iba a reprocharle ahora su vocabulario, como solía hacer a menudo. No entendía por qué una cría de trece años tenía que hablar así; a veces parecía que disfrutaba haciéndolo, que era una forma de provocar, de afirmarse, o algo por el estilo. Él estaba acostumbrado a soltar tacos a diestro y siniestro; sin embargo, cuando se los oía a su hermana, le sentaba fatal.

–Me voy al hospital con ella. No sé a qué hora volveré. Si no he llegado a la hora de comer, come tú sola.

–Sí.

–Y si llegan papá y mamá, les explicas lo que ha sucedido.

–Que sí, que no soy gilipollas.

–Pues cuando hablas así, lo pareces.

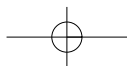
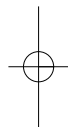
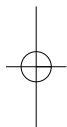
Y Adrián salió de casa a la misma velocidad con la que había entrado. Prescindió del ascensor y bajó las escaleras como un caballo desbocado. Estaba nervioso, tenso, pero, sobre todo, completamente despierto. Nuria le necesitaba y él iba a estar a su lado, no podía fallarle.

Ya en la calle, le pareció una suerte que la madre estuviera ingresada precisamente en el hospital Clínico, que era el más cercano a su barrio. Se acercó a la farola donde solía atar su moto y le quitó el candado a la cadena. Se colocó el casco y se subió a ella casi al tiempo que la ponía en marcha. Saltó el bordillo de la acera y partió a toda velocidad. En cinco minutos estaría en el Clínico junto a Nuria, su novia, esa chica

que se había convertido en una de las personas más importantes de su vida, posiblemente la más importante de todas.

Ya había amanecido y la ciudad volvía a ser reconocible. Una ciudad adormilada, entre bostezos, con la resaca de la noche del sábado y el olor del café recién hecho como antídoto. El tráfico, al contrario que durante el resto de la semana, era muy escaso. Adrián se saltó en rojo el semáforo del paseo de la Florida y se internó por una cuesta empinada en dirección al parque del Oeste. Llevaba el itinerario en la cabeza. Cruzar el paseo de Rosales, subir por Marqués de Urquijo, girar a la izquierda por Princesa, hasta Moncloa, pasar por el túnel que se abre bajo las casas militares, hacia Isaac Peral, y al final de esa calle, al otro lado de la plaza de Cristo Rey, estaba la entrada del Clínico.

Respiró hondo varias veces mientras atravesaba el parque del Oeste. Le pareció que el aire que entraba en sus pulmones era muy puro, sin contaminación; un aire que venía directamente de la sierra y que limpiaba por dentro, que reconfortaba, que daba fuerzas para acometer cualquier empresa. Un aire que animaba a comenzar un nuevo día a pesar de las dificultades, que invitaba a la vida. Siguió aspirándolo con fuerza, con todas sus fuerzas, con tanto ímpetu que a punto estuvo de perder el equilibrio sobre la motocicleta.



domingo, 08:15 horas

Aunque el aparcamiento del hospital Clínico estaba lleno, encontró un hueco para su moto entre un todoterreno y un árbol. A continuación, a la carrera al principio y a paso ligero después, se dirigió hacia las rampas que conducían a urgencias. Nada más franquear la puerta de entrada, le llamó la atención la gran cantidad de gente que había por allí: algunas personas parecían llevar horas a la espera, dormitando sobre pequeñas butacas colocadas en hileras en varias salas; otras caminaban por los pasillos para evitar la inmovilidad y calmar el nerviosismo; incluso se habían formado grupos, que parecían mantener una improvisada y animada conversación. También había enfermos a la espera de ser atendidos, acompañados por familiares con gesto de preocupación. Y, en medio de aquel aparente caos, personal sanitario que iba de un lado para otro: entrando y saliendo por distintas puertas, como si estuviesen recorriendo un laberinto y no encontrasen el hilo de Ariadna que debía devolverlos al exterior.

Adrián buscaba a Nuria. Recorrió una por una las salas de espera, los pasillos, y hasta echó un vistazo al interior de los

boxes aprovechando que sacaban a una paciente muy anciana en silla de ruedas. Pensó que lo más probable era que hubiesen llevado a su madre a planta y que estuviesen con ella en la habitación. Pensó buscar un puesto de información, pero enseguida comprendió que sería más rápido acudir al teléfono. Una simple llamada bastaría para localizarla.

Encender. Desbloquear. Agenda. Nuria.

De nuevo, la conocida musiquilla. Aquella canción empezaba a molestarle. De golpe, había perdido todo el encanto que le había cautivado unos días antes.

Colgó y volvió a marcar.

Rellamada. Rellamada. Rellamada.

36 ¿Dónde se habría metido Nuria?

Finalmente, se dirigió a un mostrador que había junto a la puerta principal. Varias personas estaban esperando ser atendidas. Ese detalle le desquició aún más. Miraba a todas partes tratando de descubrir la silueta de su novia entre aquel abigarramiento. Y el milagro se produjo. Una de las puertas que daban al pasillo central se abrió y apareció Nuria, acompañada de un médico. Hablaron unos segundos y luego el médico se alejó. Adrián echó a correr, a pesar de que correr en aquel lugar no garantizaba llegar antes.

Se plantó frente a ella y se quedó mirándola fijamente. Le impresionó su rostro, muy cambiado, sin color, con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados, con los labios pálidos y temblorosos, con un gesto de dolor que se había apoderado hasta de su última célula.

—¡Nuria! —solo pudo exclamar.

Ella se arrojó a sus brazos, más bien se refugió en ellos, se acurrucó, se encogió, se empequeñeció. Deseaba que él la

abrazase, que la envolviese con todo su cuerpo. Comprobó de nuevo que las lágrimas, que ella consideraba una señal de debilidad, volvían a derrotarla. Algunas personas pasaban junto a ellos con indiferencia, más preocupados por lo que les había llevado hasta allí. Otras, por el contrario, hacían comentarios, imaginándose la tragedia de aquellos jóvenes; era una forma de matar el tiempo, la espera, la larga espera, la inquietante espera.

Adrián apretaba a Nuria contra su cuerpo. Notaba que sus lágrimas ya habían mojado el hombro de su camisa. Le acariciaba el pelo suavemente, introduciendo sus dedos entre los cabellos, como si los estuviera desenredando. Nunca antes se había sentido así, y no podía decir que la sensación fuese mala, al contrario. A pesar del dolor de ella, se sentía bien consolándola, ofreciéndole su hombro y su ayuda. Quizá por eso no hablaba y se limitaba a mantener la situación. Finalmente, fue Nuria la que se rehízo un poco y se separó, sin perder del todo el contacto.

37

–Un accidente con el coche –pudo al fin hablar–, cuando volvían a casa... ¡Es horrible!

–No tienes que pensar en lo peor –Adrián fue consciente de que tendría que hacer algo más que abrazar a su novia; por eso comenzó a decir frases que a él mismo le parecían huecas, como fórmulas establecidas–. Saldrá adelante, ya lo verás.

–Acaban de decirme que está muy mal.

–Podrá superarlo.

–Cuando se lo pregunté al médico, se limitó a mirarme y a negar con la cabeza.

A Nuria le sobrevino de nuevo el llanto, ese llanto incontrolable que actuaba a su antojo. Adrián la cogió por los hombros y la sacó hasta la puerta, al exterior, pues pensaba que el

aire que se respiraba en aquellas dependencias era malsano. Tenían que respirar aire limpio, no contaminado por ese olor característico de los hospitales.

–Vamos fuera.

Nuria se dejó llevar. Tenía la sensación de que, desde que la policía la había llamado a su casa para comunicarle lo ocurrido, ya no tomaba decisiones propias. Solo se dejaba llevar. Los acontecimientos la llevaban a su pesar. La vida, tan caprichosa e injusta, la llevaba también a su pesar. Y ahora Adrián, su novio, también la llevaba a su pesar, pues ella no quería apartarse de la puerta de los boxes, de esa puerta grande, de dos hojas, con cristales opacos y llena de arañazos producidos por el paso constante de camillas; la puerta que los médicos no le dejaban traspasar, la puerta que la separaba de su madre.

Corría un viento fresco en el exterior, frecuente en la zona de Moncloa, un viento que parece llegar directamente de la sierra, transportando olor a pino, a jara, a romero y a cientos de flores silvestres.

–Respira hondo –fue lo único que se le ocurrió decir a él.

–Gracias por acompañarme –le dijo entonces ella.

Y Adrián volvió a sentirse importante. Estaba acompañando a su novia en un duro trance, le estaba dando consuelo y ánimos, y eso le hacía sentirse mayor, más hombre, más maduro. Así solo podía reaccionar un hombre hecho y derecho, y él lo estaba haciendo.

–Siempre me tendrás a tu lado –dijo, como para ratificar sus pensamientos.

–Me siento muy mal.

–Debes tratar de tranquilizarte un poco.

–Eso es imposible. Mi madre se está muriendo ahí dentro, y yo no puedo hacer nada por ella.

–Lo están haciendo los médicos, no lo dudes.

–Pero me gustaría estar a su lado, cogerle la mano, hablarle...

Casi sin querer, Adrián movió ligeramente la cabeza y su mirada atravesó el umbral de la puerta de urgencias. Al otro lado descubrió una figura conocida. Era un hombre que parecía estar buscando a alguien. Instintivamente, le hizo una seña levantando uno de sus brazos.

–Tu padre –le dijo a Nuria.

El hombre, al verlos, se encaminó hacia ellos.

–Por suerte, a él no le ha ocurrido nada –le informó ella–. Solo unos rasguños y una magulladura en la cadera.

Víctor, el padre de Nuria, llegó a ellos con la cara descompuesta. Su gesto era una combinación terrible de dolor, rabia, desesperación...

–Hola, Adrián –y le estrechó la mano.

–¿Has podido verla? –preguntó de inmediato Nuria, que apenas podía contener la ansiedad.

–Solo un momento. No me han dejado quedarme a su lado.

Víctor comenzó a llorar y Adrián se conmovió entero. Conocía al padre de su novia, pero jamás hubiese imaginado que lo iba a ver así. No sabía qué hacer. La situación le superaba. Podía tratar de consolar a su novia, pero... ¿y al padre de su novia?

–Llamé a Nuria, pues imaginaba que estaría estudiando, despierta, y me enteré de lo que ha pasado –dijo Adrián, un poco aturullado, sobre todo por no permanecer más tiempo callado.

–Gracias –Víctor le palmeó la espalda. Luego respiró un par de veces profundamente, como si también hubiese sentido la atracción del aire de la sierra. Y por un momento pareció hasta calmarse un poco.

–Si puedo hacer algo... –se ofreció Adrián.

–Nadie puede hacer nada –le respondió Víctor, esta vez conservando la serenidad–. Ni siquiera los médicos pueden hacer nada por ella, salvo mantenerla enchufada a una máquina para que su corazón no deje de latir.

Víctor negó con la cabeza y durante unos segundos quedó como ensimismado. Luego se volvió a Adrián.

–¿Tienes tabaco? –le preguntó.

40

–No, no fumo.

–Mejor. Yo llevo diez años sin fumar, pero ahora me fumaría una cajetilla entera.

Luego, paseó nervioso de un lado para otro. Se apartó para dejar pasar una ambulancia, que llegaba con las luces y las sirenas puestas. Observó cómo sacaban a un hombre de mediana edad que parecía inconsciente. Cuando la ambulancia se alejó, Víctor se acercó a Adrián y a Nuria, que se habían entrelazado por la cintura. La expresión de su cara se había endurecido y su mirada parecía de piedra, o de hierro, o tal vez de fuego.

–¡Voy a buscar a esos hijos de puta! –exclamó.

Adrián miró a Nuria, como dándole a entender que no comprendía nada. Víctor se dio cuenta de su gesto, por eso le preguntó:

–¿Te ha contado Nuria cómo ocurrió?

–No.

–Alguien provocó el accidente.

–¿Qué quieres decir?

–Regesábamos a casa después de pasar la noche con unos amigos –Víctor comenzó a contar lo sucedido–. Entramos a Madrid por la carretera de Castilla y, poco antes de llegar al puente de los Franceses, alguien tiró una piedra desde una pasarela. Vi cómo caía esa piedra a pocos metros delante de mí, vi cómo se rompía con el golpe. Traté de esquivarla, pero la maniobra me hizo perder el control del coche. Nos golpeamos contra el protector lateral y salimos rebotados hacia la mediana. Allí dimos dos vueltas de campana.

Víctor no pudo seguir hablando.

Adrián sintió un alivio enorme cuando el padre de su novia interrumpió el relato. Un malestar muy extraño se estaba apoderando de él, se expandía por todo su organismo. Era una llama que lo iba quemando poco a poco, convirtiéndolo en escoria, o era un gas inmovilizador, o era un proceso de congelación acelerado. Seguía abrazado a Nuria y su cuerpo le sirvió de sujeción, pues hasta sus piernas habían comenzado a flaquear. Lo que no pudo disimular fue un sudor que comenzó a cubrirle el rostro, consecuencia de una extraña sensación que no era ni de calor ni de frío.

El padre de Nuria volvió a acercarse. Su alteración había crecido y a duras penas conseguía controlarse, pues daba la sensación de que de un momento a otro comenzaría a gritar, o a saltar, o a correr, o todas esas cosas a la vez.

–¡Voy a buscar a esos hijos de puta! –repitió–. Y los encontraré, aunque sea lo último que haga en esta vida. La policía cree que han sido varios. Tal vez dos, o tres, o cuatro... Me da igual. Los voy a encontrar a todos.

Adrián tenía la sensación de que no podría aguantar la tensión mucho más tiempo. Pensaba que su rostro se había vuelto de

cristal y que a través de él podía verse todo lo que se encontraba en el interior de su cabeza, incluso podrían leerse desde fuera sus pensamientos. Y sus pensamientos iban a delatarlo. Sus terribles pensamientos iban a delatarlo. Y si ese hombre se enteraba de que él era uno de los que habían tirado la piedra, lo mataría allí mismo con sus propias manos. Pero la muerte tal vez no fuese lo peor que pudiese sucederle; lo peor sería que Nuria descubriese la verdad.

Por suerte, llegó apresuradamente una mujer, casi corriendo, que precedía a un hombre que parecía no hacer intención de darle alcance. Eran la hermana de Víctor y su marido. En cuanto se habían enterado de la noticia, habían salido corriendo hacia el hospital. La mujer se fundió con Nuria en un abrazo. A continuación, al abrazo se sumaron Víctor y, por último, el marido de la hermana, que también había llegado al grupo.

Adrián se quedó fuera. A un lado. Nadie se fijó en él y esa fue su salvación.

Oía las preguntas de la hermana de Víctor. Muchas preguntas. Las mismas preguntas que se repetirían durante años.

Oía el llanto. Varios llantos que se confundían.

Oía lamentos.

Oía maldiciones.

Él también sentía dolor, mucho dolor. Pero... ¿qué dolor? ¿De dónde procedía su dolor? ¿Hasta qué abismos ocultos descendían las terminaciones nerviosas de su dolor?

El grupo entró en el servicio de urgencias, y Adrián agradeció que se olvidasen de él, que nadie reparase en el novio de Nuria, que había acudido solícito en cuanto se había enterado de la tragedia. Agradeció incluso que ella no le reclamase con unas palabras, o con un gesto, o con una simple mirada.

Al verse solo, al sentirse solo, no reaccionó de inmediato. Le costó trabajo asumir la realidad, porque la realidad no era una piedra que había sido arrojada a una carretera, sino una montaña entera que se desplomaba sobre él, que lo aplastaba sin compasión. Tuvo entonces la certeza de que no iba a sobrevivir a semejante aplastamiento. Le faltaba el aire para respirar y hasta el espacio donde existir.

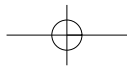
Se alejó unos metros de la puerta de entrada e incluso bajó por la rampa de acceso para vehículos. Las ambulancias no dejaban de llegar. El ruido de las sirenas se le clavaba en la mente. Tenía la sensación de que ese sonido era una especie de rayo que atravesaba su cabeza. Eso no le dejaba pensar, no le dejaba razonar, no le dejaba tomar decisiones. Él era un líder, sus amigos lo sabían y lo asumían. Pero un líder tiene que pensar, razonar y tomar decisiones. Ese es su cometido.

Se echó mano al bolsillo y sacó su teléfono móvil. Lo miró. Después volvió la vista hacia la puerta. Se encontraba lo suficientemente lejos. Seguía sin poder pensar con claridad, pero algo le decía que tenía que actuar con rapidez, y que algunas cosas no permitían demora.

Buscó en el móvil el archivo con la grabación del accidente. Por un momento, estuvo tentado de volver a abrirla y verla otra vez. Pero no lo hizo. Se fue directamente a la tecla de opciones y allí eligió una de ellas.

Borrar.

Y una vez borrado el archivo, se cercioró de que, en efecto, había sido borrado y había desaparecido por completo de la memoria y de la tarjeta de su teléfono.



domingo, 15:00 horas

Aunque pasó gran parte de la mañana solo, pues Nuria y su padre tuvieron que atender a nuevos familiares y amigos que fueron llegando, Adrián no se movió del hospital, casi siempre fuera, junto a la puerta de urgencias. Solo en alguna ocasión atravesó el umbral, pero el espacio cerrado se le hacía irrespirable y tenía que volver a salir a la calle. Le corroía un desasosiego incontrolable. Estaba seguro de que su rostro tenía que reflejar ese malestar y que todo el mundo se daba cuenta. Así se mantuvo durante todas las horas de la mañana, en segundo plano, pero en cierto modo al pie del cañón. Algo le decía que marcharse era una manera de huir, y que huir era lo menos recomendable en su situación. Lo mejor era aguantar el tipo, aunque en muchos momentos solo pareciese un pasmarote. Así no levantaría ninguna sospecha, sino todo lo contrario.

Se había marchado alrededor de las dos y media, cuando algunos familiares casi obligaron a Nuria a ir con ellos a la cafetería para comer algo.

—¿Vienes a comer? —le preguntó ella.

–No... –titubeó él–. Mi hermana está sola en casa.

Nuria se acercó a Adrián y le acarició con suavidad la cara.

–Gracias.

Él no pudo pronunciar ni una sola palabra, ni siquiera fue capaz de esbozar una sonrisa.

Eran las tres cuando llegó a su casa. Su hermana estaba a punto de servirse la comida, que los padres les habían dejado preparada el día anterior.

–Llegas a tiempo –le dijo a modo de saludo, y colocó otro plato sobre la mesa de la cocina.

–No tengo hambre.

46

–Yo tampoco.

Luego colocó los cubiertos y dos vasos; cortó dos rebanadas de pan y sacó una botella de agua del frigorífico. La comida se estaba calentando en el microondas.

En el pequeño televisor, que estaba colgado en una de las paredes, comenzó el telediario. Estaban poniendo un avance de las noticias. Lo que pasaba en el mundo. Lo que pasaba en el país. Cultura. Deportes. Y por último, como de costumbre, hablaron de los accidentes de tráfico del fin de semana y, en concreto, se refirieron a uno en las inmediaciones de Madrid.

Cuando Adrián oyó mencionar aquel accidente, de inmediato volvió la cabeza hacia el televisor. Solo se trataba de un avance, lo que los presentadores llamaban titulares; por eso no obtuvo mucha información. Sin embargo, algo en su interior le decía que ese accidente solo podía ser el que unas horas antes ellos mismos habían provocado, el que habían grabado con su teléfono móvil, el que ya habían difundido por la red, teniendo mucho cuidado de preservar su anonimato. Entonces recordó

que ese accidente era también el que tenía a la madre de Nuria al borde de la muerte.

–¿Cómo está? –le preguntó Reyes de sopetón.

–¿Qué...?

–Qué va a ser: la madre de tu novia.

–¡Ah! Mal, muy mal. Los médicos dicen que se morirá.

–¡Joder!

–¿Quieres hablar bien?

–Yo hablo perfectamente. Saco sobresaliente en Lengua, y eso algo significará; además, soy la más lectora de mi curso.

–Pues lo disimulas muy bien.

–Yo hablo sin remilgos, que es distinto –continuó Reyes, como si tal cosa–. ¿Sabes lo que significa «remilgos»?

–Sí.

–No conozco a nadie de mi edad que utilice la palabra «remilgos» –sacó la fuente del microondas–. Me gusta utilizar palabras que no usan los demás, pero también me gusta decir «joder», «hostias», «me cago en la puta»...

–Eres una sabihonda.

–¡No soy una sabihonda!

–Pues entonces estás como una cabra, perdón, como una puta cabra.

–¡Vete a la mierda!

En la fuente había un guiso de carne con patatas. Reyes se sirvió con un cazo. Al terminar, se lo pasó a su hermano, que se sirvió también, de manera mecánica. Ambos empezaron a comer.

–Entonces... –Reyes comenzó a hablar con la boca llena–. La madre de tu novia... ¿se va a morir?

Adrián se limitó a asentir con un movimiento de cabeza. Reyes, una vez tragado el bocado, resopló y negó repetidas veces.

–¿Vas a volver al hospital esta tarde?

–No. Hay muchos familiares y amigos...

–Claro, aunque tú seas el novio de Nuria, no eres de la familia, y en estos casos siempre es la familia la que...

Nuria dejó de hablar al darse cuenta de que su hermano no le estaba prestando atención.

48

Ya estaban tomando el postre cuando, en el telediario, le llegó el turno a esa noticia que habían apuntado en los titulares. En cuanto Adrián se dio cuenta de lo que iban a relatar, clavó su mirada en la pantalla del televisor. La locutora, monocorde y algo más seria, leyó una noticia que hablaba de un accidente de coche, de madrugada, en las afueras de Madrid. Lo singular de este accidente era que, según todos los indicios que manejaba la policía, había sido provocado por alguien que deliberadamente habría arrojado a la calzada una gran piedra desde una pasarela. Como consecuencia del mismo, una mujer se encontraba en estado crítico.

–¿Es ella? –preguntó Reyes de inmediato.

–Sí –respondió escuetamente Adrián, que seguía mirando el televisor, como si una fuerza irresistible lo atrapase.

La locutora continuó explicando que la policía barajaba la hipótesis de que varios jóvenes hubiesen provocado el accidente para grabarlo con un móvil y difundirlo luego en internet. De hecho, ya se habían encontrado las imágenes en un blog recién creado.

Y entonces aparecieron en la pantalla algunas imágenes, las mismas que Adrián había grabado con su móvil, horas antes. No pudo evitarlo y dio un respingo sobre la silla. Por un momento, creyó que iba a aparecer toda la grabación. Sintió un alivio cuando esta se cortó a los pocos segundos, antes de que se produjese el accidente.

–¿Qué te ocurre? –Reyes observaba detenidamente a su hermano.

–Nada.

–Estás sudando.

–Tengo calor. Déjame en paz.

Reyes dejó de hablar, pero no de mirar a su hermano. Y su mirada era como una taladradora, perforando sin piedad en busca del sentido de todas las cosas. Todo tenía un porqué, una lógica, y ella siempre quería descubrirlo. Decía que lo necesitaba para vivir.

–Ha sido en la carretera de Castilla –Reyes comenzó a reflexionar en voz alta al cabo de un rato, mientras el informativo hablaba de fútbol–, cerca de aquí. Seguro que quienes lo hicieron llevarían un buen pedo encima.

–Seguro –asintió mecánicamente Adrián.

–Como tú –añadió Reyes, que intensificaba la potencia de su taladradora.

–¿Qué dices?

–Que tú llevabas un buen pedo anoche.

–No digas tonterías.

–Y tus amigos también lo llevaban.

–Deja de inventarte cosas.

–Os vi.

–¿Qué dices?

–Os vi cerca del puente de los Franceses.

De pronto, Adrián se sintió acorralado por su hermana pequeña. Conociéndola, sabía que no cesaría de preguntar y preguntar. Pero encontró un resquicio para escapar de su asedio y pasar de inmediato al ataque.

–¿Saliste anoche?

–Sí... –Reyes comprendió que al acosar a su hermano se había descubierto ella misma, pues una cosa llevaba inexorablemente a la otra; por eso adoptó una actitud algo más defensiva—. Pero no bebí, ni fumé, ni tomé nada raro. Salí un rato con mis amigas, pero no soy una descerebrada.

–Y si se lo cuento a papá y mamá... –el tono de Adrián encerraba una clara amenaza.

–No lo harás –Reyes se rehízo y volvió a mostrarse altiva y segura.

–¿Por qué no lo haré?

–Además, si se lo dices, me da igual.

–No te dará igual.

–Me importa un huevo.

–No me asustan tus palabrotas.

–No las digo para asustar, además no son palabrotas, todas vienen en el diccionario.

–¡A los trece años nadie habla como tú!

–Eso es verdad. A los trece años todos hablan peor que yo.

Lo que menos le apetecía a Adrián era mantener una discusión con su hermana, que seguro iba a ser muy parecida a otras an-

teriores. De todas formas, se sintió más seguro al tener una baza importante a su favor: haber descubierto su pequeño secreto.

Se levantó dispuesto a marcharse a su habitación, pero un bufido de Reyes lo detuvo y le recordó que le tocaba recoger la mesa. Sin volver a cruzar una palabra con ella, lo hizo de mala gana, casi tirando los platos y los vasos al interior del lavavajillas y quitando las migas del mantel sin ningún miramiento. A continuación, decidido, se marchó a su cuarto y cerró la puerta.

Tenía que hablar urgentemente con Borja y Claudio. Pensó llamarles por teléfono, pero enseguida tuvo una idea mejor: el messenger. De esta forma, podían abrir una conversación a tres y sería más fácil entenderse. A esas horas ya se habrían levantado, habrían comido y casi seguro que estaban conectados.

Encendió su ordenador y de inmediato abrió el programa de mensajería instantánea. Su intuición no le había traicionado.

Como si los estuviera convocando a un acto de suma importancia, inició una conversación a tres bandas con sus dos amigos.

Adrián dice: Hola.

Borja dice: ¿Has visto la tele, las noticias...?

Adrián dice: Sí.

Claudio dice: Tenemos que entregarnos a la policía.

Adrián dice: No digas gilipolleces, Claudio.

Claudio dice: Pero hemos sido nosotros...

Borja dice: Entonces... ¿qué hacemos?

Adrián dice: No lo sé. Pero yo no voy a dejar que me enchironen por esto. No voy a dejar que me jodan la vida. Y vosotros... ¿pensáis lo mismo que yo?

Borja dice: Yo estoy de acuerdo contigo.

Adrián dice: Y tú, Claudio, ¿estás de acuerdo?

Claudio dice: Aún no hemos cumplido los dieciocho; no iríamos a la cárcel...

Adrián dice: ¿Crees que un centro de reclusión de menores no es una cárcel? Habría un juicio y nuestras caras y nuestros nombres saldrían en la tele y en los periódicos, aunque entrásemos en la sala con la cabeza tapada, entre los insultos de la gente. ¿Crees que eso no nos iba a joder la vida para siempre?

Claudio dice: Pero...

52 **Adrián dice:** ¿Estás de acuerdo o no?

Claudio dice: Vale, estoy de acuerdo. Yo tampoco quiero que me jodan la vida.

Borja dice: Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Adrián dice: Es importante que nos pongamos de acuerdo, que lo pensemos bien, que todo lo que hagamos lo hayamos planificado antes. Que ninguno actúe o tome decisiones por su cuenta.

Borja dice: Sí, a mí eso me parece muy importante.

Claudio dice: Yo... estoy asustado.

Adrián dice: Yo también estoy asustado.

Borja dice: Y yo.

Adrián dice: Por eso es importante que hagamos las cosas con cabeza. Tenemos que quedar para decidir lo que vamos a hacer y cómo lo vamos a hacer.

Borja dice: De acuerdo.

Claudio dice: ¿Cuándo quedamos?

Adrián dice: Esta tarde. A las siete.

Borja dice: ¿Dónde?

Adrián dice: Junto al río, donde otras veces.

Borja dice: De acuerdo.

Claudio dice: De acuerdo.

Adrián dice: Y ni una sola palabra a nadie, ¿entendido?

Borja dice: Sí.

Claudio dice: Sí.

En otras ocasiones, Adrián se hubiese quedado un rato mirando el ordenador, chateando con alguien más, escribiendo algún comentario en facebook, curioseando por los blogs de algunos amigos... Pero su preocupación estaba muy lejos de aquel ordenador y de todas las posibilidades de comunicación que le ofrecía internet. La vida real tiraba de él con demasiada fuerza. Su mente estaba completamente poseída por asuntos más urgentes y mucho más terrenales, donde el ciberespacio podía resolver poco. Aunque procuraba evitarlo, su cabeza volvía una y otra vez al servicio de urgencias del hospital Clínico. Se sorprendió a sí mismo deseando que ocurriese un milagro, que la madre de Nuria *resucitase*, como sucede en los videojuegos, donde los personajes mueren, pero siempre resucitan para reiniciar la partida. ¿Por qué la vida no se parecía a esos videojuegos? ¿Por qué no bastaba con volver a pulsar las teclas correspondientes para reiniciar y, de paso, corregir los errores cometidos? De este modo todo sería más fácil. De este modo todo tendría más que ver con su mundo y con el mundo de sus amigos, y con el mundo de los amigos de sus amigos... ¿Por qué ese mundo, en el que se movían como peces en el agua, era tan diferente de la

realidad? Con la realidad se sentía desarmado y confuso. La realidad era una losa demasiado pesada que lo único que hacía era aplastarte sin piedad. ¿Para qué más podía servir la realidad?

Telefonó a Nuria y, en esta ocasión, ella lo cogió a la primera.

–¿Cómo sigue todo?

–Igual.

–¡Mierda de realidad! –musitó entre dientes, sin que ella lo oyera.

–¿Os han dicho algo más los médicos?

–Lo mismo.

54 –¿Necesitas alguna cosa?

–No.

–Puedo acercarme un rato y...

–No, déjalo. Hay mucha gente. Está toda mi familia aquí. Y lo malo es que no podemos hacer nada. Solo esperar. La han trasladado a la UCI y no nos dejan pasar a verla. Solo ha entrado mi padre, cinco minutos. Pero gracias, de verdad.

–Solo tienes que llamarme si...

–Lo sé.

–No lo olvides.

–No olvidaré nunca lo que estás haciendo por mí.

–Te llamaré esta noche.

–Seguramente nos iremos a casa. Yo no quiero moverme de aquí; pero todos me dicen que no puedo hacer nada, ni siquiera estar a su lado, ni siquiera verla... –la voz de Nuria se quebró por el llanto–. ¡Es todo tan horrible!

-Sí, todo es horrible...

Después de pronunciar estas palabras, Adrián se preguntó a qué se estaba refiriendo: ¿a la madre de su novia, agonizante, esperando la muerte?, ¿a Nuria, desconsolada y rota?, ¿o a él mismo, atrapado en aquella situación?

-Cálmate -dijo, por no permanecer en silencio.

-No puedo.

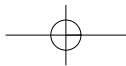
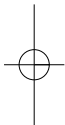
-Ya.

-Pero gracias, Adrián.

-No me des las gracias. Solo me gustaría poder ayudarte, poder hacer algo más por ti.

-Te quiero.

-Yo también.



domingo, 18:30 horas

A las seis, una hora antes de su cita, Adrián ya se encontraba en el lugar que habían fijado para el encuentro, junto a la barandilla que le separaba del cauce del río, el pequeño río de Madrid, que parecía artificial, de juguete, completamente canalizado, lleno de pequeñas represas, con pasarelas para peatones y con pequeños balcones para pescadores de pacotilla. Sus aguas ni siquiera llegaban a mansas, pues en realidad estaban estancadas. Al menos, ahora no olía mal, como sucedía cuando solo era una cloaca de la ciudad, como contaban los mayores del barrio.

57

Acodado sobre la barandilla, se quedó mirando al agua, los múltiples reflejos que allí se confundían y a los que la luz del sol, que comenzaba a declinar, daba sorprendentes tonalidades. Allí se reflejaban los edificios de la ribera, la orilla opuesta con sus árboles alineados, el puente y hasta los vehículos que pasaban por él. Y Adrián, una vez más, volvió a preguntarse por la realidad, por la auténtica realidad. ¿Por qué no podía ser la que flotaba sobre las aguas remansadas del río? ¿Por qué había tantas cosas que parecían realidad y no lo eran? Por el con-

trario, la realidad desposeída de adjetivos, la realidad desnuda, parecía volverse algo incuestionable y, casi siempre, impuesto.

Borja y Claudio también llegaron pronto. A las seis y media, los tres ya estaban juntos. Se saludaron de manera escueta, con un «hola» que apenas les llegó al cuello de su camisa. Les costaba trabajo hasta mirarse, y si en algún instante, por azar, sus miradas se encontraban, sentían un escozor incómodo que los obligaba a bajar la cabeza.

A continuación, casi por inercia, comenzaron a caminar, despacio, con la sensación de que no iban a ninguna parte y la certeza de que ni siquiera el paseo tenía sentido. Se trataba de estar juntos, unidos, de darse fuerzas mutuamente, de tratar de encontrar justificaciones o, si eso no era posible, buscar una estrategia común.

58

–Se nos ha ido de las manos –dijo de pronto Claudio, que parecía el más apesadumbrado de los tres.

–¿Por qué dices eso? –le preguntó de inmediato Adrián.

–No hay más que ver la situación. La policía no ha tardado en encontrar el vídeo.

–Cualquiera podía encontrar esa grabación, no lo olvides.

–Pero la policía va a seguir investigando y...

–No podrá averiguar que hemos sido nosotros.

–Yo no estoy seguro.

–¡Pues yo sí! No hay nada en esa grabación que pueda descubrirnos. Tomamos muchas precauciones. La policía solo nos descubrirá si nos derrumbamos, si hablamos más de la cuenta, si metemos la pata...

Borja, que había permanecido callado, expuso también sus preocupaciones.

–El problema es que la policía descubra que las imágenes se difundieron desde un ordenador del instituto. Y eso puede hacerlo.

–Hay más de mil alumnos en el instituto –replicó Adrián de inmediato.

–Sí, pero por ahí podrían empezar a estrechar el cerco.

–Por eso es fundamental actuar con cabeza, pensando antes lo que debemos hacer.

–¿Y si volvemos al instituto y destruimos el disco duro del ordenador? –preguntó de pronto Claudio.

Los tres se miraron un instante, quizá recapacitando sobre aquella inesperada propuesta.

–Puede que ya lo sepan –replicó Borja.

–O puede que no –añadió Adrián.

–¿Qué quieres decir?

–No nos costaría mucho trabajo hacerlo. Ya sabemos cómo entrar. No tardaríamos nada, y siempre sería mejor que la policía no empezase a preguntar en el instituto.

Se produjo un nuevo silencio, largo y tenso. Ninguno sabía cómo romperlo, a pesar de que a los tres les resultaba muy incómodo. Seguían caminando, pero de pronto sus pasos comenzaron a tener un rumbo, una dirección concreta y de sobra conocida: el instituto.

El instituto estaba algo retirado de sus casas, aunque dentro del barrio, por lo que ni siquiera era preciso coger el transporte público para llegar a él. Entre el edificio, las canchas para deportes y las zonas ajardinadas, el centro ocupaba prácticamente una manzana entera.

Ninguno había manifestado la decisión de volver a entrar para destruir el disco duro del ordenador, pero sus piernas parecían haberse vuelto independientes de sus cerebros y los guiaban hacia allí. No tardaron en divisarlo. Visto desde lejos, la tarde de un domingo, la sensación que producía era muy rara: una calma extraña, una especie de aletargamiento, un silencio inusual... A ello contribuía la paralización del barrio los días festivos, sobre todo por la tarde, cuando todo el mundo se recluía en su casa a la espera del inevitable lunes. El conjunto parecía un escenario desierto, listo para la representación, pero completamente vacío.

De pronto, algo los dejó paralizados. Se detuvieron en seco e, inconscientemente, se refugiaron en el portal de una casa. Se trataba de dos coches de la policía, justo delante de la puerta principal. Observaron cómo varias personas descendían de los vehículos, entre ellos, una mujer.

—¡La Chelo! —exclamó Borja.

Consuelo Novelda era la directora del instituto. Una mujer alta y corpulenta, con mucho carácter, de esas cuya mera presencia bastaba para intimidar. Ella conseguía muchas cosas que los demás profesores eran incapaces de hacer, como imponer disciplina y orden a los alumnos en momentos determinados. Una voz de la Chelo, como era conocida entre los alumnos, era como un trueno, con el agravante de que ese trueno había seguido a un rayo implacable.

Todos —alumnos y profesores— guardaban un respeto a la directora, que en muchas ocasiones era miedo. Sabían que no se paraba ante nada y que conseguía todo lo que se proponía, sin importarle cómo.

Su presencia con la policía dejaba las cosas muy claras: ya habían descubierto que el blog, donde se había vertido la gra-

bación del accidente, se había creado en el ordenador del instituto. La Chelo iba a abrir de par en par las puertas del centro a la policía y, además, ella misma iba a comenzar a indagar por su cuenta.

Adrián, Borja y Claudio se alejaron despacio, cuidando de no ser vistos. La idea de destruir el disco duro del ordenador del instituto se había esfumado de sus cabezas. Pensaban, además, que había sido una suerte no llegar a entrar, pues lo peor que podía haberles ocurrido era que la policía los hubiese pillado dentro, con las manos en la masa. No hubiesen tenido escapatoria.

El desconcierto de los tres iba en aumento, y con él, las dudas, los temores, los remordimientos... ¡Todo! Y, como casi siempre, era Claudio quien lo exteriorizaba con mayor facilidad.

–¡Estamos perdidos!

–¡No lo estamos! –Adrián tenía que esforzarse para convencerle–. Recuerda que ni siquiera habíamos tomado la decisión de entrar en el instituto. No pasa nada.

–Pero la policía ya sabe que se hizo desde aquí; por eso han venido.

–¿Y qué? Somos más de mil alumnos en el centro, recuérdalo. Además, también pudo hacerlo alguien de fuera.

–Eso es verdad –ratificó Borja–. Ya han entrado varias veces a robar.

Era cierto. El instituto no era un bastión infranqueable. Igual que ellos habían saltado la valla y forzado las puertas, lo podían haber hecho otras personas, incluso no necesariamente alumnos.

–No hay nada que temer –dijo Adrián con vehemencia–. No hemos dejado ninguna pista, ninguna huella. Estoy seguro.

Y de pronto volvieron a verse junto al río, ese río presente en sus vidas desde que tenían uso de razón, pues los tres eran del mismo barrio. Para ellos, Madrid era inconcebible sin esa porción de agua grisácea, sin ese hilo turbio y zigzagante que la atravesaba de oeste a este. A los tres les había sorprendido un comentario que hizo un día el profesor de Historia. Al hablar de las grandes ciudades del mundo, dijo que todas estaban construidas a la orilla del mar o junto a un gran y caudaloso río. Para el profesor, Madrid era la excepción. Sin embargo, ellos no lo veían de ese modo, pues el diminuto Manzanares era mucho más que un gran río: era el paisaje más entrañable de su vida y, por consiguiente, su vida misma.

62 Acabaron sentados en una pequeña pradera. El silencio se había apoderado de ellos. Parecían haberse quedado sin palabras y sin ideas. Posiblemente, los tres tuviesen los mismos pensamientos y las mismas preguntas dando vueltas y más vueltas por sus cabezas, pero la mordaza del silencio era más fuerte que nunca. Habría que hacer un gran esfuerzo para romperla.

Les llegaba el fragor de coches del cercano paseo de la Florida. Era un camino que mucha gente tomaba para entrar en Madrid; salían de la M-30, o bien de la carretera de Castilla, y enfilaban la avenida de Valladolid. Era una forma de llegar al centro de la ciudad en poco tiempo, a no ser que la calle estuviese colapsada, cosa que ocurría con frecuencia. Adrián pensó que a lo mejor ese era el camino que habían elegido los padres de Nuria cuando regresaban a su casa. Durante el día era más rápido coger la M-30 y circunvalar la ciudad; pero a esas horas de la noche podían haber optado fácilmente por cruzar por el mismísimo centro, que imaginarían libre de tráfico. De todas formas, era imposible saberlo, pues la pasarela desde

la que arrojaron la piedra se hallaba justo antes de la bifurcación. La elección de un camino u otro deberían haberla tomado tan solo unos metros después, unos segundos después.

Borja no pudo aguantar más aquel silencio y por eso dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿No has quedado hoy con tu novia?

Adrián tuvo la sensación de que aquellas palabras, aquella pregunta, le zarandeaban.

—No —respondió secamente.

Sus amigos sabían que tenía novia, y muchas veces le habían dicho que tenía que presentársela de una vez. Pero como Nuria no era del barrio, y además vivía en una zona alejada, la ocasión no había surgido aún. En ese momento, Adrián se alegró mucho de que sus amigos no la conociesen en persona. Dudaba incluso que recordasen su nombre, pues siempre que se referían a ella la llamaban simplemente «tu novia». Decidió que tendría que evitar hablar de ella. No les iba a contar la relación de su novia con el accidente, ni mucho menos. Todo lo contrario: procuraría cambiar de tema cuando ellos lo sacasen, o responder con monosílabos, como había hecho en esta ocasión. Tendría que separar dos mundos: su novia, por un lado; sus amigos, por otro. Aunque esos mundos estuviesen endiablidamente enmarañados.

Cuando comenzó a anochecer regresaron a sus casas, siguiendo el mismo camino y la misma rutina de siempre. Adrián fue el último en llegar.

Sus padres ya habían regresado y andaban de un lado para otro, aparentemente alterados, deshaciendo bolsas.

El marido repetía una y otra vez el nombre de su mujer, no se sabía bien si para pedir auxilio o consejo:

–¡Elvira, Elvira, Elvira...!

La mujer también repetía el nombre de su marido, y tampoco se entendía bien el motivo.

–¡Julio, Julio, Julio...!

Al cruzarse con su hermana por el pasillo, sus miradas se encontraron durante una fracción de segundo. Los dos tuvieron la sensación de que en aquel cruce habían saltado chispas. Sin abrir la boca, sin estar siquiera seguros de que el contrario lo entendería, los dos aprovecharon aquella fugaz mirada para transmitirse muchas cosas.

Saludó a sus padres y les hizo la pregunta obligada.

–¿Qué tal la autocaravana?

–Perfecta –respondió su padre de inmediato–. Ya podéis ir pensando adónde queréis ir este verano.

–Al Cabo Norte –dijo Reyes.

–Eso son palabras mayores –replicó Julio–. Pero no estaría mal.

–Pero si vamos al Cabo Norte tendría que ser a finales de junio, que es la fecha ideal para ver el sol de medianoche –argumentó Elvira.

–Bueno, podemos cambiar las vacaciones.

Adrián escuchaba la conversación de su familia y constataba que formaba parte de la normalidad absoluta. La situación, el ajetreo, los diálogos... Todo era habitual. Para su familia, aquel día era un domingo normal y corriente de primavera, un domingo con su parte de rutina y monotonía y, a la vez, con esos proyectos que le daban un toque especial. Adrián sabía que no era la primera vez que había vivido esa situación, ni la segunda, ni la tercera... Sin embargo, había algo que rompía el

guion perfecto de su familia, y el suyo, y cualquier otro guion que quisiese imaginar. Era algo que solo le pertenecía a él, era un secreto terrible que tenía la intención de no confesar jamás. Un secreto que tenía mucho que ver con la vida real, esa que no llegaba a comprender del todo. «La vida real podía limitarse a cosas como un viaje en autocaravana al Cabo Norte. ¿Por qué tenía que complicarse con otros asuntos?», pensó.

Una exclamación de su padre le sacó con violencia de sus pensamientos.

–¡Hijos de puta!

–¿Qué ocurre? –preguntó de inmediato Elvira.

Adrián se encerró en su habitación. La televisión estaba encendida y de nuevo retransmitían la noticia del accidente provocado por una piedra lanzada a propósito desde una pasarela. No quería escuchar más comentarios. No podía escuchar más comentarios. Ni siquiera quiso saber si ya se había difundido la noticia de que la policía había descubierto que las imágenes fueron volcadas a internet desde un ordenador del instituto.

Se tumbó en la cama y en unos minutos notó que el sueño se apoderaba por completo de él. Sintió el cansancio acumulado durante todas las horas que llevaba despierto, que eran demasiadas.

Antes de conciliar el sueño, hizo un último esfuerzo para telefonar a Nuria. Estaba en su casa y, como él, iba a dormir, o en su caso a intentarlo, pues la agitación le había borrado el sueño. Al menos, trataría de descansar unas horas y por la mañana temprano volvería al hospital. Solo tenían cinco minutos para ver a su madre, pero esta vez iba a ser ella la que entrase a la UCI. Ya lo había acordado con su padre. Quería verla. Quería acariciarle una mano, tal vez cogerla entre las

suyas. Quería susurrarle algunas palabras. Quería sentirla a su lado, aunque la vida prácticamente ya se le hubiese escapado.

–Gracias, Adrián.

–No me des las gracias.

–Te quiero mucho.

–Yo también.

Aquel diálogo ya se había vuelto habitual. Era el colofón que precedía a la tecla roja que cortaba la llamada.

lunes, 08:30 horas

Llevarían aproximadamente media hora de clase de matemáticas, cuando se abrió la puerta del aula de par en par y entró la directora.

67

Era su forma de actuar. Ni siquiera unos golpecitos con los nudillos para avisar de su presencia. Saltaba a la vista que a los profesores les desagradaba aquella manera de comportarse, que consideraban una intromisión y una falta de respeto a su trabajo; por eso no solían disimular un gesto de desagrado cuando la veían entrar como un torbellino, interrumpiendo sus clases, y se apartaban de mala gana, cediéndole el sitio junto a su mesa. Solo entonces, la directora tenía una deferencia hacia el profesor interrumpido.

–Disculpa un momento –solía decirle.

Adrián, Borja y Claudio se buscaron con la mirada y, con disimulo, procurando que nadie más lo notase, trataron de formar esa piña de la que habían hablado. Juntos, unidos, pero sin llamar la atención, sin levantar sospechas, sin hacer nada que no fuera lo habitual.

–Ha ocurrido algo grave, muy grave, gravísimo –comenzó a decir Consuelo Novelda, con su voz potente y rotunda, pero con una seriedad mayor de la habitual–. Y parte de lo que ha ocurrido se ha hecho en este instituto.

A continuación, la directora narró con detalle lo sucedido, que muchos ya conocían por los medios de comunicación: el accidente provocado en la carretera de Castilla y la difusión de las imágenes por internet, que muchos de ellos habían visto. Lo que desconocían los alumnos era que esas imágenes se habían lanzado a la red desde los ordenadores del instituto. Al escucharlo, se organizó un revuelo en el aula. Comenzaron a cruzarse comentarios.

68 –¡El asunto está en manos de la policía! –la voz de la directora acalló sus voces–. Pero nos ahorraríamos tiempo y trabajo si los culpables del delito confesasen. ¿Alguna duda?

Fueron muchas las preguntas de los alumnos, todas relacionadas con el tema, con la investigación, con la posible existencia de sospechosos... La directora, una y otra vez, hacía referencia a la investigación que la policía estaba llevando a cabo. Todo apuntaba a que habían sido alumnos del instituto los culpables, y ella se iba a pasar clase por clase informando e instigando a los posibles culpables para desenmascararlos.

Borja y Claudio se quedaron de piedra cuando vieron que Adrián levantaba también la mano para hacer una pregunta. La directora le señaló con un gesto de su cabeza.

–¿Y no piensan que han podido ser personas de fuera? –dijo–. Ya han entrado otras veces para robar, así que...

La pregunta de Adrián desencadenó muchas adhesiones y comentarios. Todos los alumnos estaban de acuerdo. ¿Por qué tenían que sospechar de ellos cuando podía haber sido gente de fuera? Como de costumbre, el hecho de ser jóvenes ya los

convertía en sospechosos. Era una prueba más del desdén con el que la sociedad valoraba a los jóvenes: siempre culpables, mientras no se demostrase lo contrario.

Borja y Claudio se miraron de reojo. Los dos alababan la sangre fría de su amigo. Había hablado con total serenidad y lo que había dicho era convincente, muy convincente. Ellos no se sentían capaces de hacer algo así, el nerviosismo los habría atenazado y, de alguna manera, desenmascarado.

—Cuando termine de informar a todas las clases estaré, como siempre, en mi despacho —concluyó la directora—. El que quiera hablar conmigo, ya sabe dónde encontrarme.

Hizo un leve movimiento con la mano al profesor, a modo de saludo o de despedida, y salió del aula con la misma determinación con que había entrado.

Un silencio tenso se adueñó de la clase. Todos estaban procesando en sus cerebros las palabras de la Chelo. No se trataba, como en otras ocasiones, de recomendaciones académicas, o de amenazas por mal comportamiento, o de cuestiones administrativas. Esta vez el tema era muy serio. Por eso se habían quedado sin habla. Hasta el profesor mostraba su preocupación, y tardó un buen rato en reanudar su clase. Cuando al fin arrancó, no siguió con la materia que les estaba explicando, sino que retomó las palabras de la directora e insistió en la gravedad de lo sucedido y en la necesidad de que los culpables, si es que pertenecían al centro, se entregasen. La clase de matemáticas cesó para dar paso a una especie de debate moral, y muchos alumnos se animaron a intervenir. Todos, incluso los que habían visto y celebrado la grabación, se mostraban ahora como jueces implacables y deseaban que cayese sobre los culpables el peso de la ley. En el acalorado debate, Adrián, Borja y Claudio se mantuvieron al margen. Ninguno se atrevió a abrir la boca.

A la hora del recreo, todo el instituto estaba al corriente de lo sucedido. La directora había trabajado duro. Por eso, los patios y las canchas de deportes, aunque abarrotados, ofrecían un aspecto raro, donde predominaban los corrillos y las discusiones a media voz. También comenzaron a hacerse las primeras cábalas sobre los posibles culpables. ¿Serían del centro o ajenos a él? La mayoría se inclinaba a pensar que los causantes de aquello no pertenecían al instituto, sino que se habían aprovechado de él para preservar su anonimato.

70

No faltaban tampoco acusaciones veladas a algunos alumnos, que eran conocidos por su afición a grabar todo tipo de gamberradas, la mayoría de pésimo gusto, y colgarlas en internet. Sobre ellos, que eran unos cuantos y que pertenecían a varias clases, recayeron las primeras sospechas. Ni Adrián, ni Borja, ni Claudio se encontraban en ese grupo. Al contrario, su fama de empollones y alumnos ejemplares los precedía. Esa iba a ser una baza muy importante a su favor.

A la salida, los tres amigos se reunieron para regresar a casa, como tenían por costumbre. Era un acto que no podía levantar la mínima sospecha. Pero la tensión que habían acumulado durante toda la mañana, y que habían tratado de disimular, estalló en las inmediaciones del centro escolar, sobre todo por parte de Claudio y Borja. Adrián seguía aparentando sangre fría y control de la situación. Por el contrario, Claudio ya parecía estar dispuesto a tirar la toalla.

–Debemos entregarnos.

–¡No lo haremos! –le cortó tajantemente Adrián–. ¡Recuerda que eso ya lo habíamos dejado claro! ¡Los tres estábamos de acuerdo!

–Pero la Chelo ha dicho...

–No ha dicho nada que nosotros no supiéramos. Ha pasado lo que tenía que pasar.

–La policía no es tonta y...

–Nosotros tampoco somos tontos. Y lo peor que podemos hacer es no ponernos de acuerdo y que cada uno tire por su lado. Si seguimos juntos, utilizando la cabeza, no nos descubrirán.

–Pero quizá ya sepan...

–Lo único que saben es que la grabación se volcó a internet desde el ordenador del instituto. ¿Y qué? Todos los alumnos nos convertimos en sospechosos; pero también son sospechosas otras muchas personas que pudieron entrar para hacerlo. Todo el mundo sabe que en este instituto han entrado montones de veces.

Borja, que se había mantenido callado, se decidió a hablar. No pudo evitar un tono de preocupación en su voz.

–Yo también pienso que debemos estar unidos.

Y esa frase le colocaba una vez más al lado de Adrián. Era su perro faldero, su escudero fiel. Claudio lo sabía y por eso se sentía siempre en desventaja. De todas formas, parecía fundamental mantenerse unidos en una situación como la que estaban viviendo. Unidos hasta el final.

–Palos de ciego –dijo de pronto Adrián, como hablando para sí.

–¿Qué? –le preguntó Borja.

–La Chelo y la policía solo están dando palos de ciego –explicó–. Es lo único que pueden hacer.

Claudio resopló con fuerza, como un caballo salvaje después de una galopada. Se metió las manos en los bolsillos de su pantalón, pero de inmediato, como si la tela le quemara, las

sacó y las extendió con las palmas hacia arriba, como si estuviera suplicando algo.

–Decidme, ¿qué debemos hacer entonces? –preguntó.

–Nada –la respuesta de Adrián fue contundente–. Nada que no sea lo normal. Tenemos que comportarnos como siempre. Y que el tiempo vaya pasando.

–Eso es muy difícil.

–Si dejas de obsesionarte, no lo será.

–¡No puedo dejar de obsesionarme!

–¡Sí que puedes!

72

–¡No tengo tu sangre fría! –Claudio negaba una y otra vez con la cabeza, asumiendo que no podía hacer otra cosa.

Adrián sacó su teléfono móvil y se lo mostró a sus compañeros.

–He borrado la grabación –explicó–. Revisad bien vuestros teléfonos y eliminad cualquier archivo que haga referencia a los hechos. No os fieis de vuestra memoria. Miradlo todo. Tenéis que pensar que en el caso de que la policía nos mirase los teléfonos, no debería encontrar nada, ninguna referencia, ningún comentario. Nada.

–Sí, buena idea –Borja sacó su teléfono y se puso de inmediato manos a la obra.

Claudio volvió a negar con la cabeza.

–¡Mierda! –exclamó–. ¡Enviamos los sms desde mi móvil!

Adrián parecía haber olvidado este detalle y por un instante se quedó dubitativo, pero de inmediato asumió su rol de líder.

–Esos sms no son comprometedores –dijo–. En ellos, simplemente, tú nos comentas unas imágenes que acabas de des-

cubrir en internet. Sí, será mejor dejarlos. Creo que hasta podrían servirnos de coartada. Pero el resto, fuera.

–¿Por qué nos tienen que pasar estas cosas?! –Claudio dio una patada al suelo.

–Quejarnos no nos llevará a ningún lado –le replicó Borja.

Adrián se volvió a Borja y, como si en efecto se tratase de su fiel escudero, le miró de soslayo y afirmó con un gesto de la cabeza, ratificando su comentario.

Siguieron el camino de siempre hasta las proximidades de sus casas y se separaron en el punto donde lo hacían habitualmente, junto a un quiosco de periódicos abandonado, en un cruce de dos calles.

Una vez solo, Adrián dobló la esquina por la acera donde se encontraba su portal, esquivó a una madre que colocaba a su bebé en un carrito y prosiguió la marcha, absorto. De pronto, como si hubiese salido de la nada, se topó con su hermana. No pudo evitar un sobresalto.

–¿Qué haces? –la increpó.

–Nada –respondió Reyes–. Por tu reacción, has debido de tomarme por un fantasma.

–No digas bobadas.

–Yo nunca digo bobadas.

–No dejas de decirlas, que no es lo mismo.

Reyes giró la cabeza, como dando a entender que no quería seguir manteniendo una conversación tan tonta. Pero tras permanecer unos segundos en silencio, hizo una pregunta a su hermano.

–¿En vuestra clase también estuvo la Chelo?

–Sí.

–¡Qué fuerte!

–Sí.

–¿Sospechas de alguien de tu clase?

–No.

–Yo estoy convencida de que nadie de mi clase lo hizo.

–¿Por qué?

–Recuerda que somos de primero. Demasiado pequeños para...

–Yo no me fío de los pequeños, como tú dices. Solo tengo que verte a ti para desconfiar.

–¿Crees que he podido hacerlo yo?

–Saliste de casa por la noche.

–¿Hablas en serio?

Adrián miró a su hermana y suspiró.

–No, no hablo en serio –reconoció.

Adrián, aparentemente impasible, continuó su camino. Su hermana parecía seguirle, más que acompañarle. Le miraba constantemente, aunque él en ningún momento le devolvió la mirada.

–Pues yo creo que has podido hacerlo tú –le dijo de pronto.

Adrián acusó las palabras lapidarias de su hermana y se detuvo en seco.

–¿Qué estás diciendo?

–No he afirmado que lo hayas hecho –puntualizó de inmediato Reyes–. Solo he insinuado que has podido hacerlo.

Adrián iba a responder a su hermana, pero cambió de opinión y decidió ignorarla. Reyes tenía la virtud de sacarle de sus casillas. Para él era una estúpida sabelotodo entrometida, que se parapetaba en un vocabulario soez para dárselas de mayor. No merecía la pena discutir con ella. Era la persona con la que menos le gustaba discutir en el mundo, sobre todo porque, a pesar de la diferencia de edad, nunca conseguía derrotarla con sus argumentos. Tenía unas ideas férreas, inamovibles, y lo peor era que sabía defenderlas con razonamientos muy lógicos y simples, lo que hacía difícil la réplica.

Volvió la cabeza y aceleró el paso.

–No he dicho que lo hayas hecho tú –insistió Reyes, como si nada hubiese ocurrido–. Pero es que mi cabeza no deja de pensar, de imaginar, de suponer cosas... Son como novelas que aparecen en mi cerebro. De mayor me gustaría ser escritora. Un chico tira una piedra desde un puente a una carretera para hacer una broma y grabarla en el móvil, la piedra provoca un accidente y muere la madre de la novia de ese chico. ¡Menuda putada! ¿Te imaginas? Es un buen argumento. ¡Es la hostia! Me gustaría escribir esa novela; lo malo es que todavía no se me ha ocurrido el final. Creo que el final de una novela siempre tiene que ser difícil.

Adrián abrió el portal de su casa y, antes de que entrase su hermana, volvió a cerrarlo, dejándola en la calle con la palabra en la boca. No podía soportarla más. Subió las escaleras hasta su piso, a grandes zancadas.

En la mesa, no cruzó una sola palabra con Reyes, incluso evitó mirarla y se comportó como si estuviera solo en casa, ignorándola en todo momento. Mientras comía estuvo atento a las noticias de la televisión, pero ya no volvieron a decir nada más del accidente. La actualidad era así. Las noticias, incluso las más importantes, nacían con fecha de caducidad. Y la noticia

del accidente de la carretera de Castilla ya había caducado, aunque algunas personas estuviesen aun sufriendo las consecuencias y otras arrastrasen las secuelas durante el resto de sus vidas. Adrián pensó que era mejor así. Que la sociedad olvidase lo sucedido, que pasasen los días y regresase la normalidad, que los zarpazos de la vida real quedasen de nuevo envasados al vacío. Mucho mejor así.

A primera hora de la tarde, sonó su móvil y, como vio que era una llamada de Nuria, se encerró en su habitación para hablar con ella.

–Hola, Nuria, ¿cómo sigue todo?

–Igual.

76 –¿Os han dicho los médicos algo más?

–No.

–¿Y tú...?

–Necesito verte.

–¿Estás en el hospital?

–Sí.

–Voy para allá.

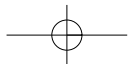
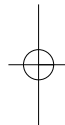
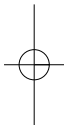
–Necesito hablar urgentemente contigo.

–No tardo nada. Cojo la moto y...

–Adiós.

Nuria cortó la comunicación, y solo entonces Adrián se dio cuenta de que la conversación con su novia había sido lacónica. Pensó en su estado de ánimo y la disculpó. Luego, mientras iba en busca de la moto, intentó reproducir el diálogo que habían mantenido. Nunca antes Nuria le había hablado así, de una manera tan seca y directa. ¿Qué significaban sus pa-

labras o, mejor, el tono de sus palabras? Pero había otra pregunta que lo inquietaba mucho más: ¿de qué quería hablar urgentemente con él? ¿Sabía Nuria algo que él desconocía? Arrancó la moto y, antes de ponerse en marcha, visualizó el camino que iba a seguir hasta el hospital Clínico. La distancia no era mucha. En diez minutos estaría allí y saldría de dudas.



lunes, 17:00 horas

Se encontró con Nuria en las inmediaciones de la UCI, en una pequeña y poco iluminada sala de espera. Al entrar, la vio recostada en una butaca, aparentemente dormida. Su rostro sin color, demacrado, con profundas ojeras, reflejaba toda la angustia que estaba viviendo. Adrián se acercó despacio, sin hacer ruido. Pensaba sentarse a su lado y dejarla descansar. Pero antes de llegar a la butaca contigua, Nuria abrió los ojos y, como impulsada por un muelle, se incorporó.

–Sigue descansando.

–No estoy cansada.

–Yo creo que sí lo estás.

–No. Además, en unos minutos podré pasar a ver a mi madre. Solo será un momento, pero ese instante se ha convertido en lo más importante de mi vida.

Nuria no volvió a sentarse y salió de la sala de espera. Adrián la siguió en silencio. Un pasillo conducía directamente a la zona de la UCI. Miró su reloj y constató que aún no era la hora

de visitas. El personal del servicio de cuidados intensivos era muy estricto con las visitas y con los horarios. Nada de aglomeraciones y nada de superar el tiempo establecido. Todos los pacientes estaban en situaciones muy delicadas, incluso críticas, y lo primordial era no molestarlos. Una breve visita por las mañanas y otra por las tardes. Ese era todo el contacto que los familiares podían tener con el enfermo. La visita de la mañana correspondía a su padre. La de la tarde era la suya. Y nadie más. Ni su padre ni ella habían querido ceder ese privilegio a ningún otro miembro de la familia.

De pronto, Nuria se quedó mirando fijamente a Adrián.

–Me he enterado –le dijo.

Adrián se sintió desconcertado. No comprendía lo que le quería decir su novia.

–¿Qué...? –balbuceó torpemente.

–La policía me lo ha confirmado todo.

Un sudor frío comenzó a invadir el cuerpo de Adrián. Se pasó el dorso de la mano por la frente y luego la palma por el cuello.

–¿Todo...?

–Sé con seguridad que el accidente de mis padres fue intencionado. Unos chicos lo provocaron tirando piedras desde un puente para grabarlo con un teléfono móvil y difundirlo por internet –Adrián escuchaba aquella historia, que tantas veces había oído repetir durante las últimas horas–. Sé también que las imágenes se volcaron a la red desde un ordenador de tu instituto.

–Sí, yo también lo sé –Adrián intentó rehacerse y aparentar calma, o al menos comportarse como debería hacerlo, con sentido común–. La policía estuvo allí y la directora nos lo contó esta mañana. Lo están investigando.

–Pero la policía no va a descubrir a los culpables, ni esa directora tampoco –Nuria no pudo evitar un gesto de decepción–. Estoy segura.

–Están investigando.

–No servirá de nada –insistió ella–. Pero yo sí voy a descubrir a los culpables.

Adrián sintió un escalofrío al oír hablar a Nuria con tanta seguridad y contundencia.

–Confía en...

–No. Solo voy a confiar en una persona.

–¿En quién? –preguntó él, muy intrigado.

–En ti.

–¿En mí?

–Solo tú puedes ayudarme.

–¿Yo?

–Sí, solo tú puedes hacerlo.

–¿Y cómo piensas que puedo ayudarte?

–Muy sencillo: descubriendo a los culpables.

Se produjo un silencio, largo y tenso, que ninguno de los dos supo romper. Ella le había transmitido sus intenciones, y él había sentido sus palabras como un auténtico mazazo. Parecía que ninguno de los dos era capaz de reaccionar. Daba la sensación de que tenían que asimilar lo que iban diciendo, solidificar el terreno para dar un paso más.

–Tú eres alumno de ese instituto –continuó finalmente Nuria–. Y desde dentro te resultará más fácil. Los asesinos tendrán mucho cuidado con la policía, con la directora y con los pro-

fesores del centro; pero con los compañeros puede ser diferente.

Adrián seguía sin reaccionar. Las palabras de Nuria no dejaban de zarandearle, y él solo se sentía un pelele. Una palabra nueva se le había clavado de manera especial, lo había atravesado de parte a parte: *asesinos*. Ella la había pronunciado para referirse a los culpables. *Asesinos*. Era una palabra terrible. Nunca había pasado por su mente. *Asesinos*. ¿Podían considerarse unos asesinos por querer grabar una broma con el teléfono móvil? Una vez más hacía acto de presencia la vida real, la despiadada vida real, que se empeñaba en abrirse camino con uñas y dientes. Si ellos solo estaban jugando con la vida virtual, ¿qué pintaba en medio de aquel juego la vida real?

82

–No es fácil... –Adrián tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar, para no permanecer callado, como un tronco de árbol abatido, o como una estatua de bronce, o como las aguas estancadas del Manzanares.

–Ya sé que no será fácil –todo el ánimo que iba perdiendo él lo ganaba ella–. Pero podrás hablar con unos y con otros, indagar sutilmente, hacer preguntas, atar cabos... Será más fácil que tú descubras a los culpables. La policía, de no haberlo hecho ya, no lo hará.

Llegó la hora de la visita a la UCI, y Adrián sintió un profundo alivio cuando vio desaparecer a Nuria tras una puerta en la que con grandes letras se advertía: PROHIBIDO EL PASO. Necesitaba estar solo unos minutos, recomponer sus pensamientos y, con ellos, su estrategia, que Nuria había hecho saltar por los aires. Tenía que asumir lo que su novia le estaba pidiendo y, sobre todo, comportarse de una manera lógica, normal, esa forma de comportamiento que él mismo había pedido a sus amigos y cómplices. Y si ella le pedía que inves-

tigase en el instituto para tratar de descubrir a los culpables, ¿qué debería hacer? Llegó a la conclusión de que lo mejor era decirle que sí, que lo haría, que preguntaría sutilmente a sus compañeros, que observaría con más atención, que trataría de desenmascarar a los asesinos. Se estremeció de nuevo cuando su pensamiento volvió a traerle aquella palabra. *Asesinos*. Solo podía hacer lo que Nuria esperaba que hiciera. Esa era la manera correcta de actuar. Esa era la única estrategia.

Regresó a la sala de espera y se sentó en la butaca en la que había encontrado a Nuria. Le pareció percibir en aquella piel sintética el calor de su cuerpo. Apoyó la cabeza sobre el respaldo y trató de relajarse.

Entonces se dio cuenta de que, durante un instante, por su mente había cruzado la posibilidad de contarle todo a su novia. Fue como una estrella fugaz, casi imperceptible. Llegó a hacerse esa pregunta: «¿Y si le digo la verdad?». Pero tal como apareció, se esfumó hasta no dejar rastro. Decírselo era, en cierto modo, un acto de sinceridad y, por consiguiente, de amor; pero al mismo tiempo era una catástrofe. Era la catástrofe. Y esa catástrofe se refería al conjunto de su vida, no solo a su relación con ella.

Al cabo de un rato, que a Adrián se le pasó en un suspiro, regresó Nuria. Su gesto de abatimiento, si cabe, se había acentuado. Adrián se levantó de inmediato y la abrazó. Ella se refugió en sus brazos.

–¿Cómo está? –le preguntó casi en un susurro.

–Está, pero no está. Es ella, pero no es ella. No está muerta, pero tampoco está viva –Nuria comenzó a sollozar–. ¡Es horrible! ¡Es horrible no poder hacer nada!

–Cálmate –Adrián le pasó una mano por el pelo.

–Si la ves, parece que solo está dormida. No tiene heridas ni traumatismos, ni siquiera un simple arañazo. Hasta mantiene un buen color de cara. Cuando el coche volcó se dio un golpe en la cabeza, un mal golpe, dijo el médico. Eso es todo. Solo un golpe, solo uno, solo uno... ¿Cómo es posible?

–Cálmate. He pensado que, cuando pase todo, tú y yo...

–Cuando pase todo, mi madre estará muerta.

Las palabras de Nuria volvían a ser un mazazo. Cualquier plan, cualquier proyecto, cualquier intento, chocaba siempre con una montaña de dolor.

–¿Vas a regresar a casa ahora? –Adrián cambió de tema–. He traído la moto, puedo llevarte.

84 –No, prefiero quedarme aquí.

–Pero ya no podrás volver a entrar.

–No importa, pero la siento más cerca cuando estoy aquí. Además, vendrán algunos familiares dentro de un rato.

–Vamos a dar un paseo.

Adrián prácticamente no la dejó contestar y tiró de ella hasta sacarla de aquella sala de espera. Recorrieron los largos y fríos pasillos del hospital Clínico y salieron al exterior por la parte trasera, la que da a un pinar que desciende hacia la Ciudad Universitaria. Caminaron un rato cogidos de la mano sin apenas hablar, sin apenas mirarse, pero sintiéndose muy cerca. Acabaron sentados en un banco, en una de las pocas zonas desde donde no se divisaba la mole de ladrillo del hospital. Entonces, Adrián volvió a abrazarla y la besó. Al principio, ella parecía mostrar indiferencia al beso, pero enseguida se entregó con pasión, como si los labios de él pudieran retrotraerla al pasado, a situaciones vividas antes de que la tragedia inesperada dejase su vida sin sentido.

–Te quiero –dijo ella.

–Yo también te quiero –dijo él.

–Estás haciendo mucho por mí.

–Lo mismo que tú harías por mí.

Ella apartó ligeramente la cabeza para observarlo con más distancia, sin el roce de las pieles, sin el contacto de los labios. Cambió el gesto.

–Ahora tienes que ayudarme aún más –dijo ella.

–Siempre te ayudaré.

–Me refiero a lo del instituto.

Nuria volvía a la carga. Estaba claro que no se iba a dar por vencida. De pronto, Adrián manifestó un pensamiento.

–¿Y qué harías con ellos? –le preguntó.

–¿Con los asesinos?

–Sí.

–En el momento en que los tuviese frente a mí, si alguien me dejase una pistola, te aseguro que apretaría el gatillo.

Las palabras de Nuria, pronunciadas con tanta vehemencia, daban miedo. Aquella muchacha de aspecto frágil podía albergar sentimientos terribles de venganza, sentimientos que podían transformarla, convertirla en otra persona. Después, su gesto cambió de nuevo y se serenó un poco. Negó con la cabeza.

–No, no creo que pudiera disparar. Solo quiero que paguen por lo que han hecho –sus palabras eran una mezcla de dolor y tristeza–. Pero sé que mi padre, si alguien no se lo impide por la fuerza, sí que los matará.

Y esta nueva amenaza le pareció a Adrián más preocupante. Él mismo había visto el estado emocional en que había quedado el padre de Nuria. La rabia le corroía por dentro. Y era un hombre alto y muy fuerte. Nuria tenía razón: si alguien no se lo impedía por la fuerza, él mismo mataría a los culpables. Se lanzaría como una fiera salvaje sobre ellos, con sus dos manos los agarraría por el cuello y comenzaría a apretar hasta asfixiarlos, hasta que las vértebras crujiesen destrozadas entre sus dedos.

—¿Lo harás por mí? —le preguntó de pronto Nuria.

Adrián sabía que ya no podía evitar más la respuesta. La mirada de su novia se lo estaba pidiendo con claridad, se lo exigía. Una vez más repitió su propia consigna: actuar con normalidad. Esa era la mejor estrategia.

—Lo haré —dijo al fin.

Nuria sintió las últimas palabras de Adrián como un bálsamo milagroso. Necesitaba saber que su novio iba a hacer algo que ella misma no podía hacer. Y en ese instante tuvo la certeza de que conseguiría averiguar cosas y descubrir a los asesinos. Se relajó y se acurrucó entre sus brazos. Con una de sus manos recorrió su pecho y finalmente se agarró a su cuello, acariciándolo con dulzura.

Él se obligó a mantener los ojos abiertos, pues, si los cerraba, imaginaba que la mano suave que lo acariciaba se convertía en una terrible garra que se clavaba en su garganta sin piedad.

martes, 07:00 horas

Elvira era la primera que salía de casa, pues su horario de trabajo y la distancia así se lo exigían. Eso sí, antes de marcharse se aseguraba de que el resto de la familia se hubiese levantado. Los siguientes eran Adrián y Reyes, que entraban a la misma hora en el instituto, y el último era Julio, que, como era abogado y trabajaba en su propio despacho, tenía un horario más flexible.

87

Adrián y Reyes no habían vuelto a cruzar una sola palabra desde el día anterior. Incluso habían intentado esquivarse, procurando que ni siquiera sus miradas se cruzasen por casualidad. A diario compartían el momento del desayuno, y eso los iba a acercar a la fuerza, a no ser que quisieran prescindir de él. Pero tanto Adrián como su hermana estaban acostumbrados a desayunar en casa todos los días y no podían concebir marcharse al instituto con el estómago vacío. Por eso no les quedó más remedio que sentarse prácticamente a la vez a la mesa, como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Actuaron como siempre: él, preparando dos tazones de leche con cacao y sacando una botella de zumo de naranja de la

nevera; ella, tostando rebanadas de pan. A continuación se sentaron y, sin mirarse, empezaron a comer. Solo se oía el ruido lejano de la ducha, que su padre estaba utilizando en ese momento.

Para evitar el incómodo silencio, Adrián cogió el mando a distancia del pequeño televisor de la cocina y encendió el aparato. A esas horas, casi todos los canales emitían informativos, alguna entrevista a algún político o algún debate sobre un tema de actualidad...

Adrián introdujo una rebanada de pan en su tazón y dejó que se empapase bien. Cuando la sacó, y antes de que llegase a su boca, se partió por la mitad y el trozo más grande cayó sobre la mesa, deshaciéndose.

88

—¡Mierda! —exclamó.

Recogió con sus dedos aquel trozo de pan empapado y se lo llevó a la boca sin ningún miramiento.

—Eres un cerdo —le dijo entonces Reyes.

—Métete en tus cosas.

—Me meto en lo que me da la gana. Tú no puedes prohibírmelo.

—Yo no te prohíbo nada.

—Pues que te quede claro.

—Solo te digo que me dejes en paz.

—¿Tienes miedo?

—¿De ti?

—De que te diga cosas que no te apetece oír.

—¿Qué cosas?

–Preguntas.

–¿Qué preguntas?

–No te gustaría escucharlas.

–¿De qué vas?

–De tu hermana pequeña, de lo que soy.

–Pasa de mí.

–Aunque no te lo creas, lo intento; pero no puedo. Yo no te elegí, ya estabas en casa cuando llegué hace trece años. No puedo pasar de ti. Seguro que tú tampoco puedes pasar de mí. Te conozco muy bien.

–No tienes ni idea de cómo soy.

–Soy una chica inteligente y observadora, no lo olvides.

–Y pedante, y engreída, y sabelotodo, y malhablada...

–Eres mi hermano, mi único hermano, y te quiero mucho. Por eso no puedo pasar de ti.

La súbita declaración de cariño de Reyes desarmó a Adrián. Primero le sacaba de sus casillas y, a continuación, le manifestaba su afecto. Adrián la miró de reojo y no pudo evitar cambiar el tono de su voz por otro más amable.

–¿Qué he hecho yo para merecer una hermana como tú?

–Echa la culpa a papá y a mamá. Seguro que ellos sí que hicieron algo.

–Vale, no hace falta que me lo expliques con detalle.

–No pensaba hacerlo.

–Si te sirve de consuelo, esta vez no te llevaré la contraria: yo también te quiero mucho.

Los dos hermanos parecían haber firmado un tratado de paz, o al menos una tregua. Volvieron a mirarse y a sonreírse. Pero la mirada de Reyes no podía disimular su inquietud.

–Sigo pensando en mi novela –le dijo.

–¿Qué novela?

–Ayer te conté el principio y te dije que no tenía final.

–Ah, ya.

–¿Puedo hacerte una pregunta muy importante?

–Sí.

Reyes pareció titubear a la hora de formular la pregunta, como si una fuerza interior la previniese de que podía volver a desatar la tormenta. Se llevó el tazón a la boca y bebió un largo trago, buscando quizá el valor necesario en la leche con cacao.

–¿Tus amigos y tú tirasteis la piedra que causó el accidente de la carretera de Castilla?

Adrián podía esperarse cualquier cosa de su hermana, pero aquella pregunta le dejó completamente helado. No sabía ni responder ni reaccionar. Mil ideas pasaron a la vez por su cerebro. Llegó a la conclusión de que Reyes sabía algo. Ella había salido también esa noche y era posible que le hubiese visto.

–¿Por qué me preguntas eso? –trató de defenderse con una nueva pregunta.

–Solo pensaba en mi novela. Imaginé que el que tiraba la piedra mataba a la madre de su novia. ¿Recuerdas?

–¡Deja de decir chorradas!

–¡No son chorradas!

La paz había durado menos de lo imaginado. El tono de sus voces dejaba clara la vuelta a las hostilidades.

–¿Qué es lo que sabes?

–¡No sé nada!

–¡Pues entonces cierra la boca!

Julio entró de improviso en la cocina, con el pelo mojado y envuelto en un albornoz.

–¿A qué vienen esos gritos? –preguntó a sus hijos.

–Nada, cosas nuestras –Adrián trató de quitar importancia al asunto.

–Pues solucionad vuestras cosas sin dar voces, como gente civilizada, ¿de acuerdo?

Julio se sirvió un café y se sentó también a la mesa, entre sus hijos. Comenzó a prepararse una tostada con mantequilla y mermelada. De pronto, como si hubiera recordado algo, volvió la cabeza hacia Adrián y le preguntó:

–¿Cómo sigue la madre de tu novia?

–Igual.

–Pobre mujer –dio un mordisco a la tostada y siguió hablando con la boca llena–. Y en el instituto, ¿han averiguado algo?

–No.

Julio bebió un poco de café y se quedó pensativo un instante. Reyes se quedó mirándolo y, como de costumbre, le hizo una de sus preguntas, esas preguntas inesperadas que, a primera vista, parecían no venir a cuento, pero que siempre encerraban algo más.

–Papá, ¿qué harías tú con los que tiraron la piedra y provocaron el accidente?

Julio miró a Reyes.

–En caliente, una burrada, seguro.

–¿Y si uno de ellos fuese hijo tuyo?

Adrián no pudo evitar dar un respingo en la silla. Fulminó a su hermana con la mirada. Había momentos en que la estrangularía sin piedad.

–¿Que qué haría yo si uno de esos cafres fuera mi hijo? –Julio parecía haber entrado al juego que le proponía Reyes–. ¡Buf! ¡Menuda preguntita!

–Imagínatelo, papá. Imagina que Adrián o yo misma hemos tirado la piedra.

92

Reyes se mostraba insaciable. Insistir era una de sus virtudes... o defectos. Cuando comenzaba un tema, no había quien la detuviese. Ni siquiera se percató de los rayos mortíferos que desprendían los ojos de su hermano.

–No tengo tanta imaginación como tú –reconoció el padre.

–¿Eso significa que no sabes lo que harías?

–Sinceramente, no lo sé. Adrián y tú sois lo más importante que tengo. Quiero que viváis una vida plena, que desarrolléis todas vuestras capacidades e inquietudes, que seáis felices...

Adrián no estaba dispuesto a seguir escuchando, no podía soportar durante más tiempo que su hermana lo estuviese martirizando indirectamente con ese tipo de preguntas. Se levantó con brusquedad de la silla y dejó su taza vacía y los cubiertos en el lavavajillas. Era ya casi la hora de salir hacia el instituto. Mientras se dirigía a su habitación para recoger unas carpetas, oyó que su padre apremiaba a su hermana.

–Deja de hacer preguntas y termina de desayunar.

Los hermanos salieron a la vez de casa y caminaron juntos en dirección al instituto. Durante un buen rato, no se dirigieron la palabra. Estaba claro que entre ellos había vuelto la guerra, y Adrián pensó una estrategia, que puso en práctica de inmediato. Se resumía en una frase hecha, muy conocida, que repetían a menudo los comentaristas deportivos: «la mejor defensa es un buen ataque».

–¿Quieres que te diga lo que estoy pensando? –preguntó a su hermana con premeditación.

–Sí.

–Creo que lo has hecho tú.

–¿A qué coño te refieres?

–Tú tiraste la piedra que provocó el accidente.

–¿Lo dices en serio? –el rostro de Reyes acusó el impacto.

–Completamente.

–No seas gilipollas.

–Y tú no te escudes en tus tacos.

–No lo estoy haciendo.

–Sé que tus amigas y tú habéis grabado cosas con vuestros móviles. No lo puedes negar.

–Pero es distinto...

–No, no es distinto. Se empieza grabando una broma y se acaba... Todo tiene mucho sentido, hermanita. Saliste esa noche de casa, eres alumna del instituto y muy buena con la informática. Todo encaja. Además, tienes una imaginación calenturienta.

Lee el final de la historia
de Adrián y Nuria en...

... papel por **9,95 €** en tu librería habitual

... libro digital para tu e-reader por **7,95 €**

... app para tu Ipad por **2,99 €**

o **escucha** en tu Ipod los últimos capítulos por **2,99 €**